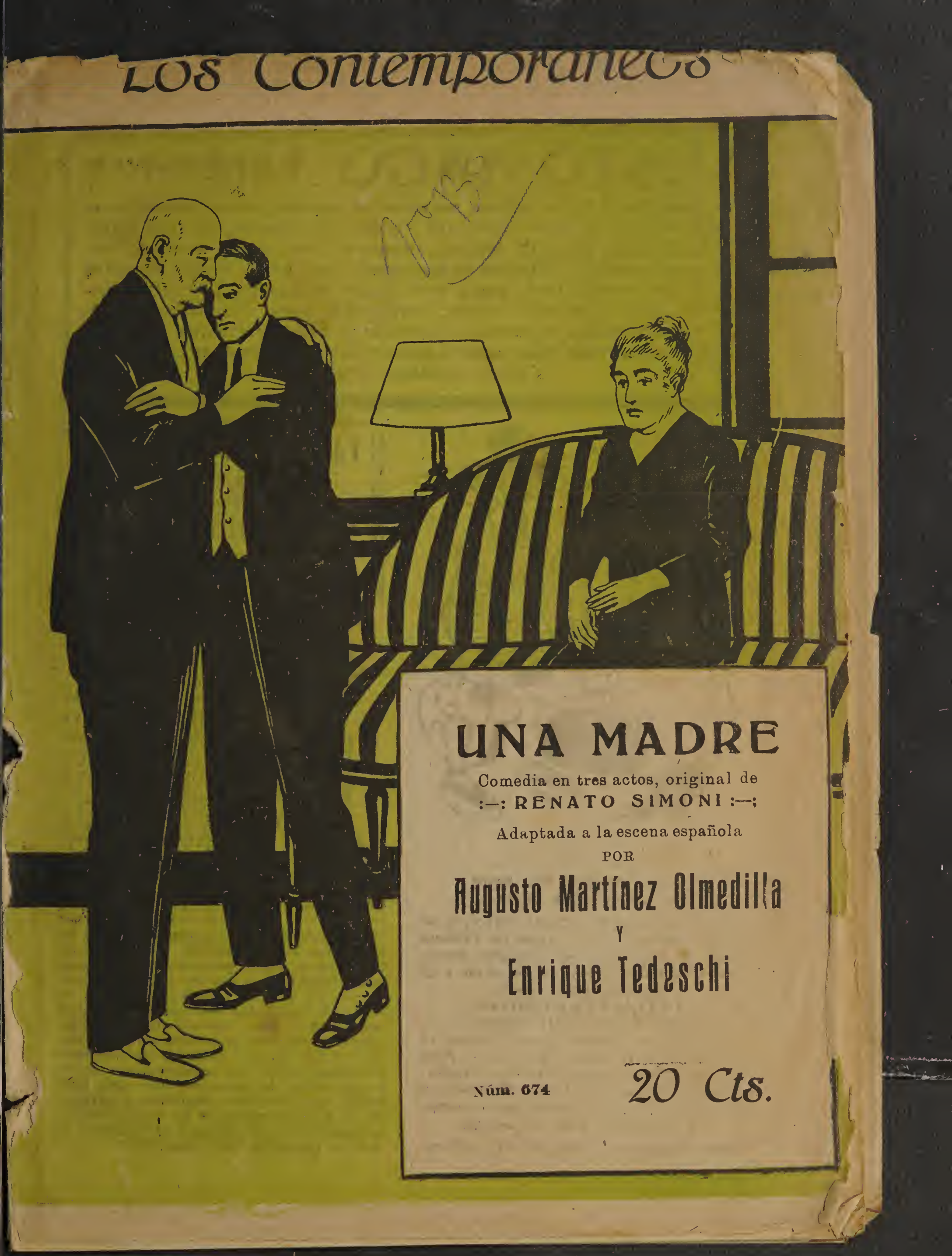
Los Contemporáneos



UNA MADRE

Comedia en tres actos, original de

:—: RENATO SIMONI :—:

Adaptada a la escena española

POR

Augusto Martínez Olmedilla

Y

Enrique Tedeschi

Núm. 674

20 Cts.

ESTÓMAGO ENFERMOS

Desahuciados de los médicos, sometidos sin resultado a innumerables tratamientos, no dejéis de probar, aun sólo por vía de ensayo, los **POLVOS DEL DR. JULIUS MERC.** Os curaréis radicalmente. Recétanlo eminencias médicas. ¡¡Millares de curaciones!! Seis pesetas frasco, MADRID, Gayoso; BARCELONA, Segalá, Viuda Alsina; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; MURCIA, Seiquer; MALLORCA, Centro Farmacéutico. Principales farmacias y Centros de Específicos de España y Américas. Para convencimiento éxito remite muestra gratis, Pousarxer, Apartado 481, Barcelona.

Frasco certificado, siete pesetas.

Si vas a Calatayud
vete en busca de la Pura,
que es una chica muy guapa;
pues usa la PECA CURA

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES
PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, *Ginesta*, Rosa de Jericó, *Admirable*, Matinal, *Chipre*, Rocío Flor, *Rosa*, Vértigo, *Clavel*, Muguet, *Violeta*, Jazmín. Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco. Esencia para el pañuelo, 13 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos —(Sarriá).—Barcelona.

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES
GENEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, GUSTO Y ECONOMÍA
12, CAPELLANES, 12
PRECIO FIJO

SENOS

Desarrollados, Reconstituidos, Hermoseados, Fortificados
con las **Pilules Orientales**
el unico producto que en dos meses asegura el desarollo y la firmeza del pecho sin perjudicar la salud. Aprobado por las notabilidades medicas.

J. RATIÉ, Pharm. Paris.

Un frasco se remite por correo, enviando 7.50 pesetas en libranzas o giro postal à CERRIAN y C.ª, Lauria, 26, Barcelona. De venta en Madrid: Gayoso, Arsenal 2; en Barcelona: Oliver, Hospital 2.

UNA SEÑORA

ofrece comunicar GRATUITAMENTE a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D.ª CARMEN T. GARCÍA, Salmerón, 167.—BARCELONA.

Los Contemporáneos

Año XIII.—Núm. 674
22 Diciembre 1921

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

[35(.5)

UNA MADRE

ACTO PRIMERO

Azotea, desde la que se domina el panorama de la población. A la derecha, el piso ocupado por la familia de Ibarrola, con puerta de cristales y ventana. Tiestos con flores, sillas, veladores, etcétera. Época actual. En una capital de provincias. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Nina *lee un libro.* Ibarrola, *a quien se oye refunfuñar entre bastidores, sale a escena enojado.*

Ibarrola. — ¿Y mis cigarros? ¿Se puede saber adónde han ido a parar mis cigarros? ¿Habrá alguien que me lo diga? (*Gritando.*)

Nina (*Levantando la cabeza del libro, muy tranquila.*)—Pero, papá, ¿por qué gritas de ese modo? ¿Crees que van a acudir tus cigarros, ellos solitos, por no oírte?

Ibarrola.—¡Pero búscalos, por Dios vivo! ¡Muévete, haz algo! ¡Qué desorden de casa! ¡Esto es inaudito! ¡Hasta los cigarros se me pierden! ¡Aquí no es posible encontrar nada de lo que se necesita!

Nina (*Siempre tranquila.*)—Ya los he buscado. No los encuentro. ¿Qué le vamos a hacer? Aunque no fumes ahora mismo, tampoco se hundirá el mundo.

Ibarrola (*Más tranquilo, remedando a Nina.*)—No se hundirá el mundo, pero tu padre no podrá hacer la digestión a gusto.

Nina.—Yo no fumo, y digiero perfectamente.

Ibarrola (*Enojándose de nuevo.*)—¡Nina, Nina!... ¡Vas a conseguir que me enfade de veras!

Nina.—¡Jesús, qué miedo!

Ibar.—¡Y si yo me enfado de veras, sale volando toda la casa!

Nina.—¡Ay, por Dios, papá, que los muebles no están acabados de pagar todavía!

Ibarrola (*Sonriendo bonachón.*) — Una verdad como un templo. Pero tampoco es preciso que lo sepa todo el mundo. Hay cosas que si se dicen, debe ser en voz muy baja.

Nina.—Entendido. Verás cómo. (*Muy bajo, al oído de su padre:*) Papá, dame veinte duros.

Ibarrola (*Muy digno.*) — A tus años no hubiese yo tenido valor para pedir veinte duros a mi padre.

Nina.—Pero, papá, si eso no requiere ningún valor... Si acaso se necesitaría, no digo valor, heroísmo, para negar esos veinte duros a una hija como yo, que se los pide a un padre como tú.

Ibarrola.—Pues te equivocas, Nina. No hace falta ser un héroe para eso. Se entor-

nan los ojos, se cierran los puños y se dice sencillamente: No. ¡Ea! Ya está.

NINA.—¿Qué le vamos a hacer? Me pasaré sin ellos.

IBARROLA.—¡Así me gusta! Tus palabras revelan que eres una mujercita poseedora de las virtudes domésticas. Cuando no se tiene dinero, se ríe uno, y en paz.

NINA.—Con tal de que tú me quieras...

IBARROLA (*Cómicamente.*) — ¡Alma mía! ¿Conque te basta mi cariño? Pues mira; no uno, cien mil sacos de cariño tengo a tu disposición. ¿Quieres más? Pide por esa boca. Aquí estoy para complacerte.

NINA.—Ya ves... Se me había ocurrido encargarme un vestido de *colienne*... ¿Tú sabes lo que es *colienne?*

IBARROLA.—No: pero me lo figuro.

NINA.—¡Con lo bien que me sentaría!... Porque me parece que el maniquí no está mal del todo...

IBAR.—Como que eres toda a tu padre.

NINA.—¡Lo que es eso!... Para parecerme a mi papá necesitaba yo mucho más de aquí... (*Tocándose la frente.*) Porque, dicho sea entre nosotros, ahora que nadie nos oye (*En voz baja.*), tú tienes un talentazo descomunal.

IBARROLA.—¿Ves tú? Estas cosas son las que hay que decir muy alto.

NINA.—¿Verdad que sí? Pues muy alto diré que estoy orgullosa de ser la hija de este gran letrado, de este hombre de profunda cultura, de este orador elocuentísimo a quien debo la existencia... Yo te aseguro, papá, que cuando te oigo hablar me quedo embobada, con la boca abierta...

IBARROLA. (*Entornando los ojos, embelesado.*)—Nina, hija mía, tengo una leve sospecha..., más aún: la seguridad..., casi estaba por decir la certidumbre más absoluta de que me estás tomando el poco pelo que me queda... Y, sin embargo, no protesto; antes bien, te permito y aun te ruego que prosigas... (*Mientras Nina le acaricia y le saca del bolsillo la cartera.*) ¡Caracoles, que me roban!

NINA (*Corre hacia la barandilla de la azotea.*)—¡Alto! ¡Si das un paso más, me arrojo al abismo!

IBARROLA.—¡Basta de bromas! Venga esa cartera.

NINA.—¡Pero si en seguida te la devuelvo, papá! ¿Que te crees, que soy alguna timadora? Yo no quiero más que mis cien pesetas.

IBARROLA. — ¡Por vida de...! Es que no tengo más que esas.

NINA.—¿Y no te da vergüenza? Con tu talento, tenías obligación de ir forrado en billetes de a mil.

IBARROLA.—Creerás tú que es tan fácil ganar los billetes...

NINA.—¡Facilísimo! ¿No has visto cómo se hace? (*Le tira la cartera, que él recoge, al vuelo.*)

IBARROLA.—Ya, ya lo he visto... (*Rompiendo a reír.*) ¡Después de todo, se comprende que eres hija de un abogado!

ESCENA II

DICHOS *y* LORENZA

LORENZA (*Entrando.*)—¿Ya estáis de broma, según costumbre?

IBARROLA.—¡No está mala broma! Veinte duros que acaba de birlarme nuestra hija para un vestido.

LOR.—¡Pero, Nina! ¡Otro vestido más! Si tienes doce o catorce..

NINA.—Tengo trece, que es número aciago. Me interesa, nos interesa a todos evitar este mal augurio.

LOR.—Es que a vosotros los billetes de Banco os parecen de papel de estraza.

IBARROLA.—Bueno, bueno... Después de todo es dinero que se queda en casa.

NINA.—¡No, papaíto mío! Estás muy equivocado. Ya verás, mañana por la mañana, el paso que toma el billetito...

IBAR.—¡Pues muy bien hecho, qué demonio!

LOR.—¡Buen par de manirrotos estáis!

IBAR.—¡A mucha honra! ¿No gastamos lo que es nuestro?

LOR.—En cambio, no te acuerdas de que yo necesito dinero para las atenciones de la casa.

IBAR.—Pues, hija mía, lo que es por hoy, tienes que perdonarme. Nina se ha llevado todas mis existencias de numerario.

LOR.—¿No hay más dinero en casa?

IBAR.—Ni un botón... ¡Miento! De botones andamos muy bien. Para que luego digáis que no soy previsor, que desconozco los elevados principios de la economía... No de una economía ruin, de tacaño, sino la que representa algo genial... Esta tarde tenía que comprarme unos pasadores de hueso para la camisa. Observé que adquiriéndolos al por mayor, se obtiene una ventaja de un real por docena... Y he comprado quinientas docenas... Lo cual equivale a ganarme veinticinco duritos, así, en un momento.

NINA.—¡Pero, papá!

LOR.—Si no me tuvieras acostumbrada a tus cosas, creería que bromeabas.

IBAR.—¡Nada de bromas! Ya verás mañana, cuando traigan los paquetes... Tenemos botones para toda la vida. Una preocupación menos.

LOR.—Todo eso estaría muy bien si atendieras tu bufete. ¿Cómo marchan ahora los negocios?

IBAR.—¿Los negocios? (*Pequeña pausa.*) Pues como marchar, marchan..., pero a los bufetes de mis colegas.

LOR.—¿Y de quién es la culpa, sino tuya, que apenas te dedicas a ellos?

IBAR. (*Enfadándose.*)—¡Pues no, señora! La culpa es de las Universidades, que no se cansan de fabricar licenciados en Derecho. ¡Somos muchos abogados! Esto es todo. Y luego las combinaciones financieras se ponen cada día más difíciles... Antes buscaba dinero, y lo encontraba a cualquier hora. Pero hoy pedir un préstamo a las gentes es peor que faltarles a la familia.

LOR.—Por lo mismo es preferible no entramparse.

IBAR.—¡Caray, vaya un descubrimiento! Ni Cristóbal Colón. Pero cuando no hay más remedio... Pues gracias a mis combinaciones crematísticas vamos saliendo adelante, y no mal del todo. Y basta ya de conversaciones tristes. ¿Es que os asustáis, acaso, de que mis asuntos no marchen prósperamente? Pero ¿ignoráis que a un hombre como yo no le faltan nunca ideas geniales para salir del atolladero? ¿Queréis una idea ahora mismo? A la una, a las dos, a las tres, ¡pum! Allá va. ¡Y de balde! Jugar a la lotería.

LOR.—Pero ¿cuándo dejarás de ser un chiquillo?

IBAR. — ¡Nunca! Quiero seguir siéndolo eternamente, a despecho de mis canas. Gracias a eso, tengo siempre buen humor. Y tú debes tenerlo también. Mira que te obligo a dar unas vueltas de vals, como en nuestros buenos tiempos, ¿te acuerdas? (*La agarra para hacerla bailar.*)

LOR. (*Dando un pequeño grito.*)—¡Ay!... ¡Por Dios, déjame! (*Se deja caer pesadamente sobre una silla, apretando las manos sobre el pecho.*)

IBAR.—¿Qué tienes, Lorenza?

LOR.—Nada. (*Pequeña pausa.*) Que no me encuentro bien.

NINA.—Te has puesto muy pálida, mamá..

LOR.—No es nada... (*Sonriendo tristemente.*) Achaques antiguos. No preocuparse. Ya pasará, como otras veces.

IBAR.—De modo que, por lo visto, tú, la compañera de mi vida, la santa madre de mis hijos, estás enferma, y yo lo ignoro. ¡Ah, ah, esto es inconcebible! No te creí tan egoísta.

LOR.—¿Egoísta?

IBAR.—Claro que sí. Yo tengo derecho a compartir tus dolores, a aliviar tus sufrimientos. ¡Y nada me dices! Como si yo fuese un extraño. Nunca hubiera creído...

LOR.—Pero, hombre, si es todo lo contrario; por evitarte preocupaciones... Además si no tengo nada. Anoche, que he dormido mal...

IBAR.—Sin embargo, debes consultar con un médico...

LOR.—Descuida: consultaré.

IBAR.—¿Palabra?

LOR.—Sí; palabra.

IBAR.—¡Ah, qué peso me has quitado de encima! Ya puedo recobrar mi buen humor. Y tú, Nina, no la dejes de la mano. Que es tu madre. No te digo más.

NINA.—Pues sí, que hace falta que me lo digas... Ahora que necesito yo que mi mamaíta esté más buena que nunca... (*Abrazando a Lorenza.*)

LOR.—¿Por qué, hija mía?

NINA.—Por una cosa...

IBAR. — ¿Una cosa? A ver. ¿Qué cosa es esa?

NINA (*Sonriendo, ruborizada.*) — Una cosa...

IBAR.—No digas más. Una cosa... con bigote. Nada, nada, ancianita de mi corazón, que se nos entra en casa la primavera... Que hay aquí una golondrina disponiéndose a preparar su nido...

NINA (*Abrazándose a su padre.*) — ¡Papá..., papaíto!...

LOR. (*Conmovida.*) — Ven, ven acá, hija mía... Pero si ya lo sabía yo... ¿Cómo iba a pasar inadvertido a los ojos de una madre?... Dios te haga todo lo feliz que mereces.

NINA.—Lo seré, mamá; ¡ya lo creo! El me quiere: y ¡cómo me quiere! Lo he leído en sus ojos, más claro...

IBAR.—Y él, será Héctor, como si lo viera.

NINA.—El mismo, papá.

IBAR.—¡Miren el hombre serio, el ingeniero trascendental! En cuanto le eche la vista encima, le he de tirar de las orejas.

NINA.—¡Por Dios, papá! No se te ocurra decirle nada: ni siquiera darte por aludido.

IBAR.—¡Ni que se tratase de un secreto de Estado!

LOR.—Nina tiene razón. Hasta que él no nos hable, nosotros no sabemos nada.

NINA.—¡Mamaíta, rica, tú comprendes muy bien estas cosas! (*Besando a su madre.*)

IBAR.—¡Qué cuadro tan conmovedor! ¡Mi hija llora y ríe a la vez! ¡Mi mujer irradia felicidad! ¡Tengo ansia de pegar brincos increíbles, de hacer cosas estupendas! ¡De trepar por las paredes, de bailar de coronilla, de echar una moneda a cara o cruz para saber si mañana seremos aún más felices que hoy! (*Echándose mano a los bolsillos.*) Ya no me acordaba de que no tengo una perra. ¡Pero no importa! Con perras o sin perras, aquí estamos hoy en pleno Carnaval...

ESCENA III

DICHOS *y* JULIO, *que entra malhumorado.*

IBAR.—Y aquí viene la Cuaresma. ¡Hola, desdichado!

JULIO (*Seco.*)—¡Papá!

IBAR. (*Remedándole.*) — ¡Papá! (*Pausa.*) Me sacas de quicio con tu maldito carácter.

JULIO (*Reprimiendo la cólera.*) — Voy a ver si me da un poco el aire. Hasta luego.

IBAR. (*Cogiéndole de un brazo.*)—Pero di, ¿es que se te cae la casa encima si estás en ella diez minutos seguidos? (*Julio, sin contestar, coge una silla y se sienta.*) ¿Tú ves esto, Lorenza? ¿Qué le pasa a este mameluco?

LOR.—Déjale, hombre.

IBAR.—Lleva, por lo menos, un par de meses inaguantable. Mírale: parece que tiene hormiguillo en las piernas... ¿O es que estás deseando escapar? ¡Pues lárgate, hombre, que más vale no verte!

JULIO.—Pero ¿qué te hago yo, papá?

IBAR. (*Con amplio ademán de sorpresa.*)—¡Y aún me pregunta qué me hace! ¿Qué te parece, Nina?

NINA.—Que está chiflado.

JULIO (*Levantándose de un brinco.*)—¡Imbécil!

IBAR.—¡Eh, poco a poco! Que en mi casa no hay ningún imbécil... como no seas tú. (*Plantándose delante de Julio.*) Daría cualquier cosa para saber por qué motivo no te ríes nunca.

JULIO.—¿Es algún crimen, acaso?

IBAR.—¡Naturalmente que lo es! Teniendo un padre como yo, una familia como la nuestra... De la mañana a la noche debías estar riéndote y dando gracias a Dios.

JULIO.—De manera que no puede uno tener preocupaciones...

IBAR.—¡Preocupaciones a los veinte años! Pero ¿sabes tú siquiera lo que es tener veinte años? Díselo tú, Nina.

NINA.—¡Ay, yo no lo sé! No tengo más que diez y ocho.

IBAR.—Pues tener veinte años, para que lo sepas, equivale a ver el mundo como si estuviese acabadito de hacer, todavía fresco, flamante, pintado de rojo, de amarillo, de azul, de todos los colores más lindos y alegres... Pero como tú eres más viejo que una momia faraónica, no puedes entender esto... Y como yo no tengo ganas de enseñártelo, y acabaríamos mal si sigo viéndote con ese gesto avinagrado, prefiero irme adonde esté libre de tu presencia. (*Vase.*)

ESCENA IV

NINA, LORENZA *y* JULIO

JULIO (*Levantándose, indignado.*)—No puedo más.

LOR. (*Severa.*)—¿Qué es esto, Julio? ¡Con tu padre!

JULIO.—Pero ¿no podéis dejarme en paz, unos y otros? Si yo no pido más que me dejen tranquilo, que no me hablen...

NINA.—Pues entonces, quédate en tu cuarto y no molestes.

JULIO.—Tú cállate y ocúpate de lo tuyo. No tienes derecho para hacerme observaciones.

NINA.—El mismo que tú para decir impertinencias.

LOR.—¡Nina! ¡A callar!

NINA.—¡Ah! ¿También tú?... Pues ya me callo. Y por si es poco, me voy. (*Vase enojada.*)

ESCENA V

LORENZA *y* JULIO

LOR. (*Cariñosa.*)—Julio... (*Viendo que él no contesta, se dispone a acercársele, pero no puede levantarse.*) Mira, hijo mío, yo no te pregunto nada: no quiero saber nada... Me basta con que me digas una sola palabra para quitarme la pena, la inquietud en que me haces vivir... ¿Es que alguien te ha causado algún daño?

JULIO.—No: ninguno.

LOR. (*Penosamente.*)—Entonces... ¿eres tú quién ha hecho daño a otra persona?

JULIO (*Levantando la cabeza con arrogancia.*)—Menos todavía, mamá.

LOR.—Bendito sea Dios, hijo mío. Me devuelves la vida. Vén aquí. (*Julio no se mueve. Su madre se levanta con trabajo y lo lleva de una mano hasta el sillón donde ella se sienta.*) Oyeme, Julio... Todos tenemos nuestros disgustillos, nuestros sinsabores... Pero es preciso saberlos sobrellevar con resignación... Todo tiene remedio en este mundo, menos la muerte... (*Con amargura.*) Por otra parte, tu padre necesita verte contento. Ya le conoces. El es así. Mucho talento, mucho corazón, con la cabeza llena de ilusiones, de iniciativas..., de humo tal vez y también de arranques generosos... Pero no puede soportar las impresiones tristes... Por lo mismo, yo procuro secundarle en su alegría, tan sana y tan hermosa, después de todo... Ayúdame tú también, hijo mío: por Dios te lo pido... Si yo he soportado esta vida azarosa, llena de inquietudes económicas, es porque siempre hemos esta-

do muy unidos. ¡Que no vea yo que esta unión se rompe ahora, y menos por ti, Julio mío, que has ido siempre la ilusión de tu madre! ¿Verdad que no has de darme ese disgusto? ¿Verdad que no?... ¿Qué te pasa? (*Se levanta trabajosamente.*) ¿Es que lloras? ¡Ay, Virgen santísima, si yo no quiero verte llorar! Ea, fuera penitas. Estas lágrimas las seco yo ahora mismo, como cuando eras pequeñito y venías a que te curase algún porrazo con un beso...¡Oh, si ahora pudiera hacerlo como entonces!... Y ¿por qué no, después de todo? ¿Verdad, Julio mío?

JULIO (*Abrazado a su madre, llora.*)—¡Mamá, mamá! (*Suena un timbre.*)

LOR.—Serán los vecinos, como todas las noches. Por Dios, tranquilízate; que no te vean así.

JULIO.—No: me voy a mi cuarto. Adiós, mamá.

LOR.—Adiós, hijo. Y no olvides que me has prometido estar alegre.

JULIO.—No lo olvidaré. (*Se abrazan otra vez. Julio vase. Lorenza queda limpiándose los ojos.*)

ESCENA VI

LORENZA; IBARROLA, ESPARZA *y* ANA

IBAR. (*Desde dentro.*)—Lorenza, que han venido los de Esparza.

LOR.—Voy, voy. (*Entran Ibarrola, Esparza y Ana. Cambio de saludos con Lorenza.*)

ESP. (*Alto, barbudo, tétrico.*)—Me permitirán ustedes que conserve el sombrero puesto.

LOR.—No faltaba más.

ANA. (*Pequeña, regordeta, tímida.*)—Mi marido tiene mucho miedo al aire.

ESP.—No es eso. Sin dármelas de valiente, puedo decir que no tengo miedo a nada en el mundo.

ANA.—Eso, eso. No tiene miedo a nada.

IBAR. y LOR.—Lo sabemos, lo sabemos.

ESP. (*Mirándolos con desconfianza.*)—Pero al aire, sí, le tengo mucho miedo.

LOR.—Pues nada, amigo Esparza, haga usted lo que guste.

ESP. (*Con profunda sorpresa.*)—¡Lo que guste! ¿Hacer yo lo que guste?

ANA.—¿El? ¿Hacer él lo que guste?

ESP.—¡Qué poco me conoce usted, cuando me dice eso, Lorenza! ¡Si yo nunca he podido hacer mi gusto! ¡Lo que se dice nunca!

ANA (*Consternada.*)—Eso es: ¡nunca!

ESP.—Mi vida está llena de contrariedades y sacrificios, que nadie me agradece ni me premia.

IBAR.—Bueno, querido Esparza, yo creo que exagera usted. ¿Dónde están esos sacrificios, esas contrariedades de que habla?

ANA (*Escandalizada.*)—¡Jesús, María!

ESP. (*Levantándose, atusándose las barbas con gesto tribunicio.*) — ¿Que dónde están? Pues me sacrifico dedicando mi talento a una enseñanza absurda. Porque yo soy filólogo, ¡filólogo!..., y el Estado me tiene al frente de una cátedra de Geografía. (*Mirando en derredor suyo, desdeñoso y solemne.*) ¿Es que tengo yo cara de geógrafo? ¿Es que yo sé una palabra siquiera de Geografía, esa ciencia de coleccionista de sellos?

ANA.—No, por Dios, no te enojes. No sabes Geografía.

ESP.—Esto me amarga la existencia, me hace vivir constantemente contrariado. Nadie sabe lo que es pasarse treinta años explicando todos los días, a las mismas horas, una ciencia que se desconoce y que se odia... ¡Y mi pánico a las noticias de nuevas exploraciones que puedan echar por tierra esta Geografía que llevo explicando hace seis lustros! Cada vez que leo en los periódicos las proezas de algún viajero, ¡me echo a temblar, aterrado!

ANA.—Es verdad: se echa a temblar: ¡él, que no tiene miedo a nada!

IBAR.—Más que al aire y a los exploradores.

ESP. (*Magnánimo.*)—En fin... Hablemos de otra cosa. Hace un rato, al venir a casa, me encontré a Collantes, el director de *El Eco de la Provincia*, y me dió una noticia por demás desagradable.

IBAR.—¿Han descubierto que la tierra tiene un tercer polo?

ESP.—No; no bromee usted. Es posible que la triste nueva le afecte a usted más que a mí.

IBAR.—Caray, pues hable usted, que ya me tiene en brasas.

ESP.—Parece ser que nuestro diputado se halla en trance de muerte.

IBAR.—¡Qué me dice usted! ¡Pues ya lo creo que me afecta! Como que Eustaquio Morejón es para nosotros como de la familia.

LOR.—No hace una semana estuvo aquí comiendo tan alegre como de costumbre...

IBAR.—Juntos nos hemos criado... En la escuela, en la Universidad, en las luchas políticas, siempre unidos... Dos hombres como ya no se encuentran; llenos de fe, de entusiasmo, de talento...

LOR.—Ventura, por Dios...

IBAR.—¡Pero si es la verdad! ¿O es que crees que voy a regatearle los elogios a ese gran moribundo? Ni los elogios ni las lágrimas. (*Se limpia los ojos.*)

ESP.—Por consiguiente, nuestro distrito va a quedarse sin diputado.

IBAR.—Evidente. Si Morejón se muere...

ESP.—Y habrá que pensar en el que ha de sustituírle.

IBAR.—No sé quién pueda ser.

ESP.—¿Que quién? Pues usted.

IBAR.—¿Yo? ¿Yo? (*Pequeña pausa.*) Bien mirado..., nadie como yo para interpretar fielmente sus ideas; para continuarlas, para expandirlas...

ESP.—Pues a ello, amigo Ibarrola.

IBAR.—Realmente, no cabe negar que tengo madera de parlamentario, de hombre público... Es más, yo creo que mi actuación serviría para orear un poco ese organismo decrépito del Parlamento... Y ¿quién sabe? Si logro destacar, si me hago temer... Acaso dentro de poco esté en condiciones de ofrecer a usted una cátedra de griego, o de latín, o de sánscrito, para que pueda usted leer sin temor las noticias geográficas... Nada, nada, cosa hecha: Cuente usted con ello.

ESP.—Es fácil, amigo don Ventura, que quiera usted caminar demasiado de prisa...

IBAR.—No lo crea usted. ¡Si conoceré el tinglado parlamentario! Un hombre como yo, llega allí, y se hace el amo en quince días.

ESP.—Pues si es así, no me olvide usted.

IBAR.—¿Quiere usted callar? ¡Hombre, una idea! ¿Qué tal nos sentaría, en vista de todo esto, una copita de marrasquino?

ESP.—¡Psé! ¿Quién sabe?

IBAR.—Pero ¿quiere usted o no?

ANA.—El no quiere nunca nada, ¿sabe usted? El pobre ha renunciado a todo. Pero mire usted, Ibarrola, póngale al alcance de la mano una copa, o, si usted lo prefiere, la botella. Puede que acabe por beber, distraidamente...

IBAR.—Así lo haré (¡Cáspita! Ahora que recuerdo... Si me parece que el marrasquino se terminó anoche... (*Llamando.*) ¡Nina! ¡Ninita!

ESCENA VII

DICHOS *y* NINA

NINA.—¿Qué quieres, papá?

IBAR.—¿Sabes tú si queda marrasquino?

NINA.—Ni una gota.

IBAR.—¡Demonio, demonio! Y el caso es que he convidado a Esparza...

NINA.—Puede bajar la muchacha en un momento. Deme dinero.

IBAR.—Ya sabes que en este instante carezco de metales preciosos...

NINA.—Entonces...

IBAR.—¡Pero aún me fían, a Dios gracias! Que vaya al almacén de la esquina, y diga que me lo apunten.

NINA.—Muy bien. De modo que lo que ha de subir es una botella de marrasquino.

IBAR.—¿Cómo se entiende? ¡Comprar al fiado una botella! ¡Tú quieres ponerme en ridículo! Que traigan dos docenas de botellas.

NINA.—Perfectamente. (*Vase.*)

IBAR. (*Yendo tras ella.*)—Y que advierta que devolveremos los cascos vacíos. Que no me los apunten. No me gustan los despilfarros. (*Volviéndose a Esparza.*) Amigo Esparza, ¿quiere usted venir al comedor? Mientras nos preparan el refresco, podemos seguir haciendo cábalas sobre mi futura actuación en las Cortes.

ESP.—Como usted guste, querido Ibarrola. (*Vanse Ibarrola y Esparza.*)

ESCENA VIII

LORENZA *y* ANA

LOR.—¡Gracias a Dios que nos dejan solas! Dígame pronto: ¿estuvo usted a ver al doctor Abrantes?

ANA.—Estuve esta tarde.

LOR.—¿Y qué le ha dicho a usted?... Estoy en brasas, impaciente... Perdóneme... (*Muy emocionada.*)

ANA.—Ante todo, tranquilícese usted; ¡por Dios, Lorenza, parece que va usted a ponerse mala!

LOR.—No, no; no me haga caso. Dígamelo todo. Se lo suplico. Sin ocultarme nada.

ANA.—Desde luego... Pues llegué a la consulta, y dije al doctor lo que habíamos convenido... Que yo era hermana de usted, y deseaba me dijese con absoluta franqueza su opinión acerca de la salud de usted, con arreglo al reconocimiento que la hizo el otro día...

LOR.—Bien, sí; eso es... ¿Y qué dijo el doctor?

ANA.—Al principio se mostró sorprendido... Pero pronto se hizo cargo... Debe usted estar tranquila, Lorenza. Lo que usted tiene carece de importancia. Sometiéndose a tratamiento, curará... (*Habla con escasa firmeza.*)

LOR.—Eso mismo me dijo el doctor cuando hablé con él... Pero me pareció que no era sincero, que me ocultaba la gravedad de mi estado... Por eso rogué a usted que fuese, y no sé..., pero se me figura que usted también me engaña...

ANA.—¡Por Dios, Lorenza, qué disparate!

LOR.—¿Y le ha dicho a usted siquiera lo que tengo? Supongo que esto, al menos, lo podré saber.

ANA.—¡Ah, claro que me lo ha dicho! Pero ya sabe usted las palabras raras que usan los médicos... Algo terminado en itis, o en otis..., no sé... Pero lo importante es que se aliviará, no le quepa duda...

LOR.—Es el corazón, seguramente. Hace tiempo lo venía notando; pero ahora, sobre todo desde que el carácter de Julio empezó a agriarse de esta manera, y su padre y su hermana a ponerse en contra suya... Yo los quiero a todos por igual; pero Julio, tal vez por ser el mayor... y el hijo..., flaquezas de madre... Y hay alguna mujer, alguna mala mujer, sin duda, que me le está volviendo... Esta idea me persigue a todas horas, y me mata, puede usted creerme, me mata... (*Habla entrecortadamente, luchando con la disnea.*)

ANA.—Tranquilícese, Lorenza. Va usted a enfermar seriamente...

LOR.—No, no enfermaré porque no puedo, porque no debo enfermar, ni menos morirme... Sí, sí, no me mire usted como si estuviese loca... Yo hago mucha falta en esta casa. No soy nada, y lo soy todo para esta familia mía, a quien idolatro; que hoy marchan unidos, como Dios manda, y si yo no estuviese entre ellos, suavizando asperezas, conllevándoles el carácter, acabarían de mala manera, estoy segura. Yo necesito ponerme pronto buena, para que no lleguen ellos a enterarse de nada... (*Sobreponiéndose.*) Ea, se acabó... Pero, ¿ve usted lo que son los médicos? El otro día me asusta a mí con sus reticencias el doctor Abrantes; hoy, la asusta a usted...

ANA.—No, Lorenza, si yo le aseguro...

LOR.—No asegure usted nada. Si la estoy viendo a usted desde que entró, mirándome con ojos de compasión... ¡Qué tontería! Afortunadamente no es para tanto. Con creer la mitad de lo que dicen ellos, basta y sobra.

ANA.—En eso sí que estoy conforme.

LOR.—Yo me cuidaré, siguiendo el tratamiento al pie de la letra. Y dentro de un par de meses, nos vamos usted y yo a ver al médico para decirle: "Aquí tiene usted a la moribunda."

ANA.—Así me gusta verla a usted tan animosa, tan optimista...

LOR.—¡Pues no faltaba más! Y le diré cuatro frescas al doctorcillo ese, que nos ha metido el corazón en un puño. No me lo niegue usted, Anita; si se le están saltando a usted las lágrimas... Y a mí también, por supuesto... Venga usted, venga usted, aquí nos desahogamos juntas... (*Las dos mujeres se abrazan llorando.*)

ANA.—¡Y yo que había dado palabra de callarme!

LOR.—¡Pero si usted no me ha dicho nada! Me lo ha dicho mi instinto de madre, el convencimiento de la falta tan grande que les hago a los míos... Lo que me hace temblar, es la idea de que ellos lleguen a darse cuenta... Por Dios, Anita, ni una palabra de esto a nadie... Ni la más leve alusión... Cuento con ello, ¿verdad? Porque yo, al fin y al cabo, puedo soportar este nuevo dolor, y aún sobreponerme a él... ¡Pero ellos, no! Prométame que no sabrán nada.

ANA.—Se lo prometo, Lorenza. Se lo prometo.

LOR.—Pues ya estoy tranquila. ¿Ve usted? ¡Como si tal cosa! No se me conoce siquiera que he llorado.

ESCENA IX

DICHAS; IBARROLA, NINA y HÉCTOR

IBAR. (*Desde dentro.*)—¡Lorenza! Aquí está Héctor. (*Entran Ibarrola, Nina y Héctor.*)

HÉCT.—¿Qué tal, Lorenza? ¿Y usted, Anita? ¡Qué bien se está aquí! Es una azotea deliciosa.

IBAR.—¡Que si se está bien! Maravillosamente. Y usted lo sabe de sobra, picarón... (*Nina y Lorenza le hacen señas de que se calle.*) Sobre todo en verano...

LOR.—Pues yo empiezo a sentir demasiado relente... ¿Les parece a ustedes que entremos ya? Me he quedado un poco escalofriada... (*Todos se van. La escena queda a oscuras. En el interior se encienden luces. Nina se dirige a la puerta; pero desde el umbral se vuelve hacia Héctor, que no se ha movido.*)

ESCENA X

NINA y HÉCTOR

NINA.—¿No quiere usted entrar, Héctor?

HÉCT.—¡Se está tan bien aquí!

NINA.—¡Pero hay una oscuridad tan grande!

HÉCT.—Yo la veo a usted perfectamente.

NINA.—En cambio, yo apenas si le veo a usted.

HÉCT.—¡Nina!

NINA.—¿Qué?

HÉCT.—Nada... Que he pronunciado su nombre.

NINA.—Ya, ya lo he notado.

HÉCT.—Y..., ¿no ha notado usted nada más?

NINA.—Nada más.

HÉCT.—No sé explicarme bien, por lo visto.

NINA.—Por lo visto.

HÉCT.—Nina..., hace un mes que cumplí treinta años.

NINA.—Pues no los representa usted.

HÉCT.—¿Le parecen a usted demasiados?

NINA.—Para que usted los tenga, no. Si fuera para tenerlos yo, ya sería otra cosa.

HÉCT.—Nina..., la quiero a usted. (*Nina baja la cabeza sin contestar.*) ¿Le desagrada que la quiera?

NINA.—A mí, no. ¿Y a usted?

HÉCT.—¿Usted me querría?

NINA. (*Sonriendo con gracia.*)—Yo, sí.

HÉCT.—¿Y se casaría usted conmigo?

NINA.—Yo, sí.

HÉCT.—Pero... ¿cree usted que congeniaremos?

NINA.—¿No he de creerlo? ¡Si yo soy un ángel de bondad!

HÉCT.—Si no es usted un angel, no ha de faltarle mucho para serlo. De todos modos, conviene que durante una temporada nos estudiemos mutuamente, procurando conocernos a fondo. Nuestro secreto estará guardadito mientras tanto, como un tesoro, y lo saborearemos mirándonos a hurtadillas, y cruzando algunas palabras de vez en cuando, sin que nadie se entere. Esto tiene también su encanto, ¿no es verdad, Nina? (*Le coge las manos y se las estrecha, conmovido. Pequeña pausa.*)

ESCENA XI

DICHOS *e* IBARROLA

IBAR. (*Se asoma a la puerta. Al verle, los dos muchachos se alejan lentamente uno de otro.*)—Qué, ¿estamos tomando el fresco?

HÉC.—Sí, señor. (*Ibarrola llega hasta el centro del escenario, mira a su hija, luego a Héctor, sonríe, y al fin prorrumpe en una carcajada.*)

HÉCT. (*Turbado.*)—¿De quién se ríe usted, de su hija o de mí?

IBAR.—De los dos. (*Riendo cada vez más ruidosamente, y dando una palmada en el hombro a Héctor.*) ¡Chico, que sea enhorabuena!

HÉCT. (*Enojado.*)—No comprendo...

IBAR.—Nada, querido Héctor, que ha escogido usted el mejor suegro que había en toda España.

NINA. (*Casi llorando.*)—¡Pero, papá!...

HÉCT.—No sé qué quiere usted decir.

IBAR.—¡Pero, vamos! Mire usted, yo pertenezco a la raza latina, de lo cual estoy orgulloso; y la característica de los latinos, es la rapidez de comprensión y la exuberancia afectiva. Por lo tanto, amigo Héctor, nada de maquiavelismos, porque estoy al cabo de la calle.

HÉCT. (*Después de una pequeña pausa.*)—Pues bien sí. Quiero a su hija de usted. Pero soy un hombre formal, muy reflexivo, y antes de dar un paso que pueda tener importancia decisiva en mi existencia, quiero pensarlo bien, meditarlo y conocer a fondo a su hija de usted.

IBAR.—Pero, ¡qué conocer a fondo ni qué ocho cuartos! A mi hija se la puede garantizar como a los relojes.

HÉCT.—Ya pensaba yo haber hablado con usted a su debido tiempo... Pero hay ciertos pudores sentimentales, que usted ha debido respetar. Todo amor que nace, es tímido y delicado. Usted, con una de sus genialidades, permítame que se lo diga con franqueza, ha dado al traste con este inocente secreto, quitando a nuestro cariño su encanto más grande, la libertad.

IBAR.—Es que en mi casa no se consienten esas libertades.

HÉCT.—No me atribuya usted malicias, que ofenden a su hija más que a mí. Ella sabe con qué escrúpulos de honradez la he tratado siempre... El cariño que por ella siento es tan puro como grande.

IBAR.—Sí, muy puro; muy grande... Pero necesita usted pensarlo seriamente...

HÉCT.—Es que..., no es por ella por quien quería pensarlo...

IBAR.—Entonces..., ¿será por mí? (*Héctor calla.*) Pero, ¿es que se proponía usted casarse conmigo? A ver, a ver; ¿qué es lo que tiene usted que decir de mi persona? Me parece que estoy en mi derecho al preguntárselo.

HÉCT.—No, si yo no tengo nada que decir de usted... Es usted un hombre de talento...

IBAR.—Muy bien. ¿Qué más?

HÉCT.—Y yo le aprecio a usted sinceramente...

IBAR.—Tantas gracias. Adelante.

HÉCT.—Pero...

IBAR. (*Haciendo ademán de coger al vuelo el "pero" y apretarlo con la mano.*)—¿Pero?... A ver, examinemos de cerca este "pero". Pero... pero... (*Abriendo lentamente la mano como para dejar salir el "pero", y cogiéndolo con dos dedos.*) ¡Pero tengo deudas! (*Mirando a Héctor que permanece callado.*) Mejor dicho, tengo muchas deudas. ¿No es esto? (*Héctor sigue callado.*) ¡Perfectamente! ¡Pues ya que para usted es cosa tan deleznable, trate usted de hacerlas, a ver si lo consigue! ¿Sabe usted lo que hace falta para tener deudas? ¡Una respetabilidad de primera!

HÉCT.—Supongo que no pondrá usted en duda mi respetabilidad.

IBAR.—¡Dios me libre! Sólo que la respetabilidad de usted, no vale cien pesetas. ¡Y la mía, en cambio, vale mil, diez mil, muchas más! ¡A ver si encuentra usted quien le fíe, quien admita su firma en un pagaré, quien le abra su caja de caudales! Quédese usted

con su "pero", que no vale la millonésima parte de las deudas que me cabe la honra de haber contraído en mi ya larga existencia.

HÉCT.—Cada cual es muy dueño de sustentar las ideas que guste.

IBAR.—No son ideas. Son hechos tangibles. Lo que ocurre es que usted no quiere a Nina, ni la ha querido nunca.

HÉCT.—¡Oh! Lo que es eso...

IBAR.—Ni más ni menos, señor mío. Yo, que soy un hombre monógano, absolutamente monógano, como los anglosajones, que no he pensado ni pienso más que en una sola mujer, la mía, puedo asegurarle a usted que cuando la ví por vez primera, no se me ocurrió preguntarla si su papá compraba al contado o a crédito. ¡Mi suegro tenía títulos suficientes para que le hubiese perdonado cualquier defecto que pudiera tener. ¡Había dado vida a mi mujer, la había modelado expresamente para mí, fresca como una manzana y rubia como una espiga! Y nos casamos, sin echar cuentas de ningún género. Y si a veces no teníamos en la mesa pavo ni jamón, nos dábamos unos atracones de charlar, que eran un encanto de gracia y de poesía. ¡Quererse es el todo! Créame usted. Por lo demás, si ustedes pensaban tener en secreto su cariño, ¿es que suponen que yo iba a divulgarlo? Puede que haya sido indiscreto, que haya hablado inoportunamente. Acaso hubiera hecho mejor callándome. ¡Pero es que yo no podía callar! Mi corazón estaba como cantando de alegría. He hablado por exceso de entusiasmo, por enamorado del amor, por idólatra de mi familia, por simpatía hacia usted, señor ogro, señor puerco-espín; porque me encantaba que usted hubiese pensado en mi hija y ella le hubiera correspondido. En mis palabras, no debió usted ver más que el deseo que tenía de llamarle hijo, de echarle los brazos al cuello... Y nunca pude imaginar que usted correspondiese a mi afecto diciéndome con acritud: "¡Atrás esas manos, que está usted lleno de deudas!" Pues bien, sí las tengo; pero yo solito me las pago, sin pedirle a usted una linda perra. (*Corta pausa.*)

HÉCT.—Don Ventura...

IBAR.—Don Héctor...

HÉCT.—¿Quiere usted hacerme el honor de otorgarme la mano de su hija?

IBAR.—¿Eh? Pero, ¿no habíamos quedado en que lo pensaría usted?

HÉCT.—Sí, en eso quedamos; pero...

IBAR.—¡Nada de "pero"! Los "peros" han sido siempre mi perdición.

HÉCT.—Conque..., ¿sí o no?

IBAR.—Ante todo, habrá que contar con la interesada... ¿Qué decides, Nina?

NINA. (*Sonriendo, confusa.*)—Yo..., por no llevarle la contraria...

HÉCT. (*Cogiendo las manos de Nina.*)—¿Entonces..., es para mí?

IBAR.—¡Un momento! Un momento todavía. ¿Se lo puedo decir a todo el mundo?

HÉCT.—¡Dígaselo usted a quien quiera!

IBAR.—¡Alabado sea Dios! ¡Ya no podía yo con este secreto! (*Dando zapatetas y gritando.*) ¡Mi hija se casa! ¡Mi hija se casa! (*Nina y Héctor ríen.*) Reíos, reíos, pero no me negareis que vuestra boda la he hecho yo. ¡Cómo que en esta casa todo lo bueno que sucede, es obra mía!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de Ibarrola.—Muebles pretenciosos, pero de almacén.—Un piano.

ESCENA PRIMERA

LORENZA *y* NINA. *Las dos están doblando unos trajes y colocándolos en cajones con naftalina.*

NINA (*Dejando de trabajar.*)—¿Sabes, mamá, que estoy rendida?

LOR.—¿Por tan poca cosa? Acaba siquiera de guardar tus vestidos. De los demás me encargo yo.

NINA.—¿Para qué he de guardar mi ropa? El invierno próximo ya no sabré qué hacer con ella... Como ya estaré casada, si Dios quiere...

LOR.—Eso no es una razón para que se la coman las polillas.

NINA.—Deja que se la coman. ¿No soy

de Dios también los pobres animalitos? Y luego, para estos cuatro trapos...

LOR. (*Siempre trabajando.*)—Pero tampoco vayas a creerte que Héctor es millonario.

NINA.—Ya llegará a serlo. ¡Como que quiero yo que lo sea! Por de pronto, sus tíos están cargados de dinero, y se lo van a dejar a él.

LOR.—Pero dime, hija mía, ¿piensas casarte con Héctor, o con el dinero de sus tíos?

NINA.—Me caso con Héctor, con el dinero, con el lujo, con el amor, con la alegría, con un palacio donde me sirvan criados de librea y con un hermoso jardín lleno de flores.

LOR.—Pero, por de pronto, mientras los tíos no se decidan a morirse, tendrás que conformarte con una criada de cuatro duros, para todo, y un tiesto de albahaca en el balres.

NINA.—Déjame a mí, que el asunto de los tíos corre de mi cuenta. Tanto les voy a mimar, a cuidar y a querer, que el mejor día acabarán diciéndome con lágrimas en los ojos: "Por Dios, Nina, hija mía, dinos lo que podemos hacer para darte gusto." Y entonces yo, derramando también lágrimas de ternura, les contestaré: "Tíos incomparables, lo mejor es que se vayan allá arriba, con los angelitos." Y harán su testamento, dictado por mí, naturalmente, y no bien lo hayan firmado, se transformarán en una lluvia de gotas brillantes como el rocío, y cada gota será un luis de oro... ¿Qué tal?

ESCENA II

DICHAS *y* ANA; *luego*, PEPE

ANA.—¿Se puede?

LOR.—Adelante, Anita; adelante. Nos encuentra usted entre la naftalina y los luises de oro.

NINA.—Si usted gusta...

ANA.—¿De la naftalina, o de los luises?

LOR.—Por el momento sólo podemos ofrecer a usted naftalina. (*Cerrando un cajón.*) Este cajón ya está lleno. Hay que llevarlo al armario. Dile a Pepe que te ayude, Nina.

NINA (*Llamando desde la puerta.*)—¡Pepe!

PEPE (*Desde dentro.*)—Voy en seguida. Mande usted.

NINA.—Oye, venerable amanuense de mi señor padre: es preciso que me ayudes a llevar estos cajones llenos de ropa, que el próximo invierno abrigará a tus señores, y en un porvenir no lejano renovarán tu indumentaria.

PEPE (*Ayudando a Nina a llevar el cajón.*)—Pues andando, señorita Nina. (*Al salir, a Lorenza.*) ¡Por Dios, señora, no deje usted de echar bastante alcanfor, que el gabán que me regaló el año pasado tenía unos agujeros formidables! (*Vase con Nina.*)

ESCENA III

ANA *y* LORENZA; *luego*, NINA

ANA.—Venía a ver cómo se encuentra usted.

LOR. (*La expresión de su rostro se ha entristecido al salir Nina.*)—Como siempre.

ANA.—Pues a mí me parece que desde que toma usted las medicinas tiene mejor aspecto...

LOR. (*Sonriendo tristemente.*)—¡Ay, Anita! No nos hagamos ilusiones. Esta enfermedad no tiene remedio, por desgracia. Iré tirando unos meses, un año, tal vez más; pero, por último...

ANA.—No, por Dios; no quiero verla a usted pesimista. Y además, no trabaje tanto. ¿No comprende que desgasta las fuerzas?

LOR.—¡Bah! Es un trabajo insignificante. ¡Figúrese! Estaba guardando la ropa de invierno de mi gente. A veces, sin poderlo remediar, se me hace un nudo en la garganta, pensando que cuando vuelvan a ponérsela ya no estaré con ellos... (*Se enjuga una lágrima.*)

ANA.—¡Por Dios, Lorenza!...

LOR.—Pero me consuela la idea de que recordarán que fuí yo quien les preparó sus trajes; y al encontrarlos limpios y cuidados, parecerá que vengo yo misma a traérselos para que no tengan frío... Hay mucho que hacer en esta casa... Lo que más me apena, es pensar que estos dos hombres se quedarán sin una mujer que cuide de ellos... Por eso quisiera convencer a Nina de que se quede con nosotros después de casada. Ella nos quiere mucho: yo creo que accederá: ¿no le parece a usted?

ANA.—Seguramente.

LOR. — Otras cosas son peores de arreglar... Lo de Julio, que cada día está más taciturno y más irritable, él, que tenía un carácter tan dulce... Y mi marido, el pobre, con sus fantasías y sus cosas... Cuidado que me quiere: esto es indiscutible... Pues nunca he conseguido encauzarle para aprovechar, en bien de todos, el talento que tiene... Y ahora me aterra la idea de dejarle viejo, desamparado, en medio del desorden de su vida, sin tenerme junto a él para evitarle algún tropezón... Yo querría, sin que él se diese cuenta, aprovechar los meses que me quedan de vida para variar la marcha de esta casa acostumbrándole, poco a poco, a tener arreglo, para que después... note me-

nos mi falta... Y como esta labor es demasiado seria y me queda poco tiempo, estoy excitada, inquieta...

ANA.—Lo que consigue usted con eso es ponerse peor. Preocúpese, ante todo, de sí misma.

LOR.—Ya, ya lo hago, no crea usted... No se me olvida tomar mis pócimas... ¡Tengo tantos deseos de vivir, de ponerme buena, si fuera posible!... A veces me siento tan decaída, tan sin ánimos, que hago esfuerzos inauditos para sostenerme, o me encierro en mi cuarto... (*Entra Nina; transición en el acento y en el gesto, que se torna alegre.*) En mi cuarto..., donde entra un sol espléndido. Parece un rincón del paraíso... ¿Verdad, Nina?

NINA.—A mí todo me parece ahora el paraíso... ¿No ves que tengo puestas las antiparras de color de rosa?

ANA.—Ya se conoce que esos amores van por buen camino...

NINA.—¡Imagínese usted! No tiene más que recordar el estado de su espíritu cuando iba a casarse con Esparza...

ANA (*Poniéndose en pie súbitamente.*)—¡Dios mío! Ya me había olvidado de él... Es su hora de volver a casa, y si no me encuentra, se asusta, se pone a leer a Schopenhauer, y luego no puede digerir. Hasta luego, queridas.

LOR.—No deje usted de venir esta noche.

ANA.—Ya lo creo; no faltaba más.

NINA.—Jugaremos a la lotería de cartones. Traiga usted muchos cuartos, que pienso ganárselos todos. Todavía tengo que hacerme el equipo... (*Risas. Saludos. Vase Ana.*)

ESCENA IV

LORENZA *y* NINA

LOR.—¡Qué buena es Anita! ¡Qué gran corazón el suyo! ¿Ha vuelto ya tu hermano?

NINA.—Todavía no.

LOR. (*Suspirando.*) — Pronto te irás también tú...

NINA.—¡Oh! Faltan dos o tres meses todavía.

LOR. — ¡Todavía! Te parece demasiado tiempo... No te apena abandonar a tu madre...

NINA.—Pero, mamá, no voy a dejar de casarme por eso.

LOR. (*Vacilando.*)—Oye, Nina..., ¿y si os quedarais en casa?

NINA (*Asombrada.*)—¡Jesús, María!

LOR.—¡Qué alegría tan grande para mí! Seríamos tan felices todos juntos, unidos... ¡Qué comidas tan animadas! Y nos divertiríamos también, no creas... Yo seré una ancianita muy compuesta, gozando lo indecible entre mis hijos y mis nietos... Porque también tendré nietecitos, no faltaba más, y los criaré a fuerza de besos y de bombones...

NINA.—Pero, mamaíta... ¿No comprendes que eso no puede ser?

LOR. (*Inquieta.*)—¿Y por qué no? ¿Qué puede impedirlo?

NINA.—A Héctor no le agradará seguramente....

LOR. (*Tranquilizándose.*)—¡Bah, si no es más que eso! Con cuatro cucamonas te encargas tú de convencerle.

NINA (*Cariñosa.*)—Es que... tampoco estoy convencida yo.

LOR.—De modo que... no querrías quedarte a mi lado...

NINA.—No es eso: es que yo deseo tener un hogar mío.

LOR.—Pero ¿y la alegría de vernos juntos?

NINA.—Seríamos demasiados y acabaríamos riñendo. (*Bromeando.*) Además, vosotros mimaríais con exceso a Héctor, y yo me propongo atarle muy cortito...

LOR.—¡Pero, hija mía, déjate de bromas... habla en serio de una vez!

NINA.—¡Que hable en serio! Pero si lo que dices no puede ser... Es un sueño, muy bonito, si tú quieres, pero un sueño al fin y al cabo... La realidad es que, al casarme, debe cambiar la vida por completo... Por algo dice el refrán que el casado. casa quiere...

LOR.—Pero, hija mía, ten en cuenta otra cosa... Quedandote con nosotros, serías útil, no sólo a tu marido, sino a tu padre y a tu madre, que también tienen derecho a tu cariño...

NINA (*Frívola.*)—Es que yo no tengo interés en ser útil a nadie...

LOR.—¡Pero, Nina!

NINA.—Ay, no, no, mamaíta: yo quiero disfrutar de mi juventud.

LOR.—¡Y crees que la vida puede reducirse a disfrutar!

NINA.—Yo, por lo menos, te aseguro que no me caso para hacer penitencia.

LOR.—No pensé que fuese una penitencia para ti vivir a mi lado. (*Con amargura.*)

NINA (*Bromeando, acariciando a su madre.*)—¡Vamos, mamaíta, no te enfades, que si no, cuando me marche de casa vas a tener remordimientos!

ESCENA V

DICHAS e IBARROLA, *con un fajo de cartas y periódicos.*

IBAR. (*Furioso.*)—¿Dónde está Julio?

LOR.—Todavía no ha vuelto.

IBAR.—En cuanto venga, le voy a decir cuántas son cinco.

LOR.—¿Qué ha hecho? ¿Qué sucede?

IBAR.—Pues sucede que el muy badulaque tiene amoríos con una perdularia.

LOR. (*Sentándose, angustiada.*)—Ya me lo temía yo.

NINA.—¡Claro! Así se explican sus malos humores. ¿Y quién es ella?

IBAR.—No lo sé. Los que acaban de darme esta grata noticia no han entrado en detalles. Por lo visto se trata de una mujer de historia, que ha rodado por escenarios de menor cuantía y por sitios peores, y que ahora se dedica en cuerpo y alma a nuestro hijo.

LOR.—¡Virgen Santísima!

NINA.—¡Miren el mosquita muerta de Julio!

LOR.—Pero si Julio no tiene dinero...; ¿cómo es posible?

IBAR.—Este es el problema, justamente. Yo no le doy un céntimo, por convicción arraigadísima de que el dinero pervierte a los jóvenes. Y me temo..., me temo que el muy tuno se ampare bajo el gran crédito de que yo disfruto. Pero ya verá en cuanto le eche la vista encima.

LOR.—Por Dios, Ventura, ya conoces el carácter de Julio... Es peor emplear con él la violencia... El tiene su geniecito...

IBAR.—Si él tiene su geniecito, yo tengo mi geniazo. ¡Pues no faltaba más! Ahora que necesito yo todo mi entusiasmo y toda mi actividad para dedicarme al triunfo de mi candidatura...

LOR.—Pero ¿sigues pensando en ello? ¿No crees que será perder el tiempo?

IBAR.—¿Cómo perder el tiempo? Todo lo contrario. Tengo muy buenas impresiones. Y luego, Lorenza; ¿tú sabes qué es lo más bonito de la vida?

LOR. (*Melancólica.*)—¡Qué sé yo!... Tiene la vida tan pocas cosas bonitas...

IBAR. (*Entusiasmado.*)—¡El porvenir!

NINA.—Tiene razón papá. ¡Qué hermosura soñar con el mañana!

LOR.—¡Dichosos vosotros, que pensáis de ese modo!

IBAR.—Y tú debes pensar lo mismo. ¡Figúrate, si llego a ser diputado! Iremos a Madrid, donde hallaré ambiente propicio para mi pujanza. Como allí no nos conoce nadie, comenzaremos a vivir de nuevo, sobre bases más sólidas. Al calor del acta, mi bufete crecerá como la espuma... ¡Seremos ricos! Casa espléndida, automóvil, una finca en la sierra, o junto al mar, si lo prefieres: a mí me da lo mismo... Y en la primera oportunidad, una Dirección general, una Subsecretaría, una cartera...

LOR.—Muy bonito... Pero déjate de fantasías y desciende a la realidad... ¿Quieres que sea yo quien hable a Julio?

IBAR.—¡Diablo de Julio! Sí que ha sido flojo el batacazo... ¡La prosa de la vida! Mira, quisiera decirle cuatro frescas al niño gótico ese... (*Empieza a abrir y romper cartas y a hojear los periódicos.*)

LOR.—Siempre estarás a tiempo de hablarle fuerte... Si yo veo que mi intervención es infructuosa, ya acudiré a ti, descuida. Pero estoy segura de que empleando la persuasión, el cariño...

IBAR. (*Sigue haciendo signos negativos con la cabeza, mientras lee. De pronto, al hojear un periódico, interrumpe a Lorenza, gritando:*) ¡Canallas! ¡Sinvergüenzas! Los he llevar a los Tribunales.

LOR.—¡Jesús, hombre, qué susto me has dado!

NINA.—¿Qué dice ese periódico, papá?

IBAR.—¿Qué ha de decir? ¡Calumnias, infamias! Ya empiezan a combatir a sangre y fuego mi candidatura!

LOR.—¡Dios mío, otro motivo de inquietud!

IBAR.—Escuchad. (*Leyendo en voz alta.*) "Ya es oficial la noticia. El abogado don Ventura Ibarrola, esa cotorra plañidera que ha pretendido influír desastrosamente en nuestro Ayuntamiento, logró imponer su candidatura en el distrito de nuestro llorado amigo Morejón, con lo cual se nos prepara una era de regocijo incomparable. El triunfo de don Ventura Ibarrola sería el ridículo más tremendo para nuestro distrito."—¡Villanos!—"No por eso dejamos de reconocer que este hombre, tan caótico como inútil, llevará al Parlamento una competencia indiscutible en materia de pagarés, embargos, desorden administrativo y hacienda despreocupada." ¿Eh? ¿Qué os parece el tal sueltecito?

LOR. (*Afligida.*)—¡Ay, Dios mío, qué pena tan grande!

IBARROLA.—¡Ya estamos con las exageraciones! Tú te alarmas por cualquier cosa. Y así resulta que yo, que soy un manojo de nervios, acabo por dejarme impresionar... A ver, Nina, ve a mi despacho y telefonea, de mi parte, a Collantes, el director de *El Eco de la Provincia*, que venga al momento. Hay que replicar inmediatamente a este papelucho. Yo me encargo de repeler esas calumnias...

LOR. (*Cariñosamente.*)—Pero si lo malo es que no lo son...

IBAR.—Aunque no lo sean. ¿Se trata de algún acto deshonroso? ¡Pues entonces!... ¡Que debo, que debo! Todos debemos algo. El que menos, la vida a su señor padre y al Sumo Hacedor. Anda, Nina, ve a telefonear. Dejadme ahora solo para que recon-

centre mi atención y la réplica me salga rotunda, definitiva. ¡Ya verá, ya verá ese papelucho!... (*Vase Nina.*)

ESCENA VI

LORENZA e IBARROLA

LOR. (*Va a salir, pero se detiene.*)—Oye, Ventura... Hablabas hace un momento de comenzar a vivir de nuevo si nos fuéramos a Madrid...

IBAR. (*Distraído: está hilvanando su réplica.*)—Sí, esto es. A Madrid.

LOR.—O, lo que es lo mismo, un cambio radical de sistema en nuestras costumbres...

IBAR.—Evidente. Evidente.

LOR.—Y ¿no podíamos hacerlo ya, sin esperar a que seas diputado?

IBAR.—¿Qué? ¡Tú estás loca! ¿Marcharnos a Madrid por gusto, levantar la casa, sin más ni más?

LOR.—No, hombre; no digo eso. Me refiero al propósito de encauzar nuestra vida, de normalizarla.

IBAR.—¡Pero si no deseo otra cosa! Mil veces te lo he dicho.

LOR.—Hay que reconocer nuestros defectos... Vivimos en pleno desorden...

IBAR.—¡Claro que sí! Un desorden épico, inenarrable.

LOR.—No hemos hecho más que tirar dinero por la ventana, lo que se dice a puñados...

IBAR.—¡Mejor dirías que a espuertas! Comprando chucherías, gastando por gastar...

LOR. — Y así resulta que en esta casa abunda lo superfluo, y a veces...

IBAR.—...Y a veces falta lo necesario. ¡Es verdad! ¡Absolutamente verdad! Mira en derredor tuyo qué de cosas inútiles... (*Detiene su mirada sobre varios objetos para tacharlos de superfluos, pero se arrepiente, encontrando justificada su presencia.*) La lámpara... No: hay que alumbrarse... Los aparadores... Tampoco: no van a estar los platos sobre el suelo... (*Por fin, con violencia.*) ¡El piano! Pregunto yo: ¿qué falta nos hace el piano? Dos mil pesetas malgastadas.

LOR.—Hombre, el piano precisamente, no diré... Para que Nina aprendiese a tocar...

IBAR.—Podíamos haberla hecho aprender un instrumento más pequeño y más barato... El acordeón, por ejemplo, o la ocarina...

LOR.—Sin embargo, el piano es lo de menos. Siempre tiene valor, y, en último caso, lo puedes convertir en dinero.

IBAR.—¡Pues me has dado una gran idea! ¡Ya lo creo! Mañana mismo busco quien lo compre. Mil pesetas, por lo menos, supongo que darán por él...

LOR.—Piénsalo antes de venderlo, Ventura. No resulte que aún no hemos acabado de pagarlo.

IBAR. (*Furioso.*) — ¡Cómo que no hemos acabado de pagarlo! ¡Pues no faltaba más! (*Variando de tono.*) Por lo menos, tal creo yo. (*Llamando desde la puerta derecha.*) ¡Pepe!

PEPE (*Desde dentro.*)—Mande usted.

IBAR.—¿Hemos acabado de pagar el piano?

PEPE.—No, señor.

IBAR.—¿No? (*Tranquilo.*) ¿Y eso?

PEPE.—Se pagaron las primeras mensualidades; pero luego se nos olvidó continuar.... ¿No recuerda usted que la semana pasada recibimos una citación del Juzgado relacionada con este asunto?

IBAR.—¡Caramba, es verdad! Tiene uno tantas cosas en que ocuparse... Entonces no hay que pensar en venderlo. Después de todo es preferible. No se puede negar que un piano hace falta en toda casa. Es un mueble decorativo y tiene cierta utilidad. La música hace que las costumbres se tornen más finas, más depuradas... Sin contar con que, no estando pagado, no representa un gasto superfluo.

LOR.—En resumen: que hay que hacer economías. Y yo creo que, decididos a ello, no será tan difícil conseguirlo.

IBAR.—¡Qué ha de ser difícil! No hace falta más que proponérselo.

LOR.—Muy bien. Veamos por dónde se empieza.

IBAR.—Por la comida. No es conveniente comer mucho. El artritismo, la obesidad... Nada, nada. En este capítulo se pueden hacer economías.

LOR.—¡Pero, hijo, ni que nos diéramos banquetes! Comemos lo preciso para vivir. Sólo que ahora, al precio que está todo... Más valía que ahorrásemos en el guardarropa.

IBAR.—¡Protesto! El que viste mal, es despreciado por todos. Cuando en días de apuro salgo a pedir unos miles de pesetas, ¿crees que me los darían si me vieran con un traje raído? Solamente los potentados pueden permitirse el lujo de vestirse con modestia.

LOR.—Eso es verdad... Tú gastas un dineral en libros...

IBAR.—¡Alto ahí! *¡Noli me tángere!* Los libros son sagrados: representan para mí tanto o más que la cocina para el gastrónomo, la bodega para el bebedor, el harén para el libertino, el paraíso artificial para el fumador de opio... Quitádmelo todo, pero dejadme los libros.

LOR.—Realmente tienes razón... Me parece que las economías van a resultar superiores a nuestras fuerzas... Gastamos sin

saber cómo... El dinero se nos va de las manos como si fuese agua...

IBAR.—¿Y sabes tú por qué es eso? Porque tanto tú como yo tenemos una imaginación brillante, una hermosa fantasía. Y esta fantasía es la esencia misma de mi talento, y, por ende, el origen de mis ganancias. De tal modo, que podemos sacar en conclusión que gano porque no sé hacer economías, y, recíprocamente, que si supiese economizar, ganaría menos. Moraleja: que por pitos o por flautas, el *ananké*, o sea la fatalidad, ha dispuesto que yo me encuentre siempre alcanzado.

LOR.—Yo tengo la culpa. Segura estoy de que si me hubiera propuesto dirigirte por el camino del ahorro...

IBAR.—No te lo niego. Tú lo has sido siempre todo para mí. Sabes de sobra que tus indicaciones son órdenes que acato gustoso.

LOR.—Tienes razón, Ventura: tienes razón sobrada. ¡Perdóname!

IBAR.—¿Cómo que te perdone? ¿De qué?

LOR.—De eso... De no haberte dirigido mejor.

IBAR.—Pero, tonta, si soy yo, en todo caso, quien debe pedirte perdón a ti por no haberte proporcionado una vida tranquila, sin estos altos y bajos en que venimos dando tumbos, como en una montaña rusa... (*Sonriendo.*) ¿Sabes que tiene gracia? Nosotros, que nunca hemos sabido echar una cuenta, estamos ahora nada menos que haciendo el balance de nuestra vida matrimonial...

LOR.—¡De todo corazón te digo que el saldo es a favor tuyo!

IBAR.—¿De veras, hija mía? ¡Alguna vez había de resultar que yo no debiera nada!

LOR.—Pero, ya que hemos empezado, terminemos este balance... Ya vamos para viejos...

IBAR.—¿Viejo yo, con los bríos que tengo todavía?

LOR.—Pues yo, en cambio, me encuentro, más que vieja, viejísima... Algún día llegará el momento en que uno de nosotros tenga que irse para siempre... ¿Por qué no decirnos ahora que nos perdonamos mutuamente nuestras culpas?

IBAR.—¡Pues yo te absuelvo, tú me absuelves, y en paz! Hoy es día de indulto general. Y para refrendarlo de un modo rotundo, vamos a darnos un abrazo; ¿te parece?

LOR. (*Sonriendo.*)—¡Jesús, qué cosas se te ocurren!

IBAR.—¡Vamos, Lorenza, que bien te ha gustado siempre tu cotorrita plañidera! Cerraremos la puerta para no dar escándalo y que no puedan llamarmos viejos locos. (*Cierra, se vuelve y dice, abriendo los brazos, con acento en que se mezclan la broma y la ternura:*) ¡Lorenza! ¡Lorencita mía!...

LOR.—¡Ventura, mi vejete del alma! (*Se abrazan estrechamente.*)

ESCENA VII

DICHOS; PEPE, *desde dentro; luego,* COLLANTES. (*Llaman a la puerta con los nudillos.*)

IBAR. (*Separándose de Lorenza.*)—¿Quién es?

PEPE (*Desde dentro.*)—Está el señor Collantes..., el periodista.

LOR.—Yo me voy. (*Vase foro.*)

IBAR. (*A Pepe.*)—Que pase.

COLLANTES (*Saludando a Ibarrola.*)—Querido amigo... Aquí me tiene para lo que guste mandar.

IBAR.—Perdóneme si le he hecho venir... Me ha parecido esto más prudente que presentarme yo en la redacción... Luego, estas cosas se comentan, y no conviene...

COLL.—Comprendido, comprendido. Siempre a sus órdenes.

IBAR. (*Mostrando el periódico que antes ha leído.*)—¿Ha visto usted este papelucho?

COLL.—Lo he visto, sí, señor; lo he visto.

IBAR.—¿Y qué le parece?

COLL. (*Encogiéndose de hombros.*)—¡Pse! Polémicas electorales.

IBAR.—¡Caray con las polémicas! Yo las llamaría agresiones en toda regla.

COLL.—Pues nada, nada; a contestarlas.

IBAR.—Para eso le he llamado, amigo Collantes. Hágame el favor de escribir.

COLL. (*Sacando unas cuartillas y estilográfica.*)—Cuando usted guste.

IBAR.—Título: "Armas inofensivas."—"*La Voz del Pueblo* inicia los ataques contra nuestro candidato. La primera acometida traicionera afecta al caballero particular, no al hombre público. Aunque esto bastaría para descalificar a quien así procede, bueno será advertir que ese papelucho se vale para ello de armas inofensivas. Harto sabemos todos que el docto letrado don Ventura Ibarrola es una persona..."

COLL. — "...una persona." Ya está. Adelante.

IBAR.—Aquí hace falta un adjetivo... Supongo que no querrá usted que yo lo ponga de mi cosecha, ¿eh? Por respeto a mi natural modestia, tenga usted la bondad de escribirlo.

COLL.—Pondremos... distinguida. (*Escribiendo.*)..., "es una persona demasiado distinguida"...

IBAR.—¡Hombre! ¡Distinguida!... ¡Distinguida!... Podría usted haber buscado algo mejor. No lo digo por mí, naturalmente; figú-

rese usted lo que a mí me importan los elogios; sino por consideración al partido... Yo que usted hubiera puesto respetable..., honorable...

COLL.—Por mí..., como usted quiera. Pongamos honorable.

IBAR.—Esto ya es otra cosa. ¿Ve usted cómo encuentra adjetivos cuando quiere? (*Reanudando el artículo.*) "...Es una persona demasiado honorable para que semejantes insultos puedan herirle. No hace falta siquiera conocer íntimamente a este hombre... (*Se para.*)

COLL.—¿Otro adjetivo?

IBAR. — Lo está pidiendo a gritos el párrafo.

COLL.—Pues dígame, dígame...

IBAR.—¡Pero, por Dios, amigo Collantes! ¿No se le ocurre? ¿Es que *ilustre*, no es de su agrado? ¿Es que *preclaro* no le hace gracia? ¿Es que *ejemplar* le molesta? ¿Y qué me dice usted de *incomparable*? ¿Y de *genial?* ¿Y de *insigne?* ¿Y de *elocuentísimo?* ¿Y de *ínclito?* ¿Y de *luminoso?*... Pero, vamos a ver, querido, ¿qué ideas políticas son las nuestras, si para repeler los ataques del adversario, no sabemos emplear en propia defensa unas cuantas palabras bien sonantes?

COLL.—Pongamos, pues, incomparable.

IBAR.—¡Perfectamente! Y repito que a mí estas cosas no me preocupan... Continuemos. "...Este hombre incomparable, nuestro genial amigo, para saber que es una de las más elevadas y luminosas personalidades, no sólo de nuestra ciudad, sino de la provincia, y aun de la nación entera." Esto lo puede usted ampliar a su antojo, y no tema que resulte el artículo demasiado extenso; intercalando, claro está, los elogios que usted estime oportunos.

COLL.—¿Más elogios todavía, señor Ibarrola?

IBAR.—¡Cómo que más elogios! Pero ¿es que hay algunos? (*Coge las cuartillas y las hojea.*) Se me han escapado con la fuerza de la improvisación... ¡Pero no importa! Se trata de un caso de legítima defensa; y si ésta justifica hasta la muerte del atacante, con mayor motivo disculpará el empleo de unos cuantos adjetivos sin trascendencia.

ESCENA VIII

DICHOS, *y* JULIO, *por el foro*

JULIO.—Muy buenas.

IBAR.—¡Ah! ¿Eres tú? Puedes dar gracias a que no estoy solo, que de lo contrario... No he de decirte más que una cosa, que los hebreos lapidaban a los que cometían actos inmorales; los hotentotes les cortaban una mano, y los persas los quemaban vivos. Por fortuna para ti, has nacido en una civilización decadente como la nuestra. Y como ahora tengo mucho que hacer y tu madre quiere hablarte, te dejo en sus manos. (*Llamando desde el foro.*) ¡Lorenza, aquí tienes a esta buena pieza de tu hijo! (*A Collantes.*) Pase usted al despacho, haga el favor. (*Vanse Ibarrola y Collantes, derecha.*)

ESCENA IX

JULIO *y* LORENZA

JULIO. (*Viendo entrar a su madre.*)—Por Dios, mamá, no me digas nada.

LOR.—¿Qué es lo que temes, hijo mío? ¿No sabes que en el corazón de toda madre hay un mundo de indulgencia?

JULIO.—Pues ya lo ves, mamá. Tú eres la más buena, la más santa de las madres, y, sin embargo, la primera palabra que me dirigés envuelve un agravio, puesto que me supones culpable: ¡indulgencia!

LOR. (*Con sencillez.*)—Perdona.

JULIO. (*Tristemente, sin ira.*)—Peor todavía, mamá. Antes me has humillado a mí; ahora te humillas a ti misma.

LOR. (*Acercándosele, cariñosa.*) — Pero ¿qué estás diciendo? ¿Quién habla de humillaciones entre nosotros? ¡Tendría que ver! Y aunque yo tuviese que humillarme ante mi hijo, ¿crees que esto pudiera ofenderme?

JULIO.—Porque me supones caído muy bajo, y esto me duele aún más.

LOR.—Pues esto, justamente, es lo que yo quería saber. Con esto que me dices, ya me tienes tan satisfecha. De sobra sabía yo que no podían ser más que chismes y cuentos... ¿No es verdad, hijo mío?

JULIO.—No hablemos más de esto, mamá; te lo suplico.

LOR.—De modo que mientras todo el mundo sabe lo que pasa y lo comenta desfavorablemente para ti, yo, que no pretendo más que defenderte contra todos, tendré que preguntar a los demás para enterarme... Esto no debe ser, Julio, compréndelo.

JULIO.—Pues yo creo tener derecho a guardar para mí solo siquiera una parte de mi vida interior.

LOR.—Si es una alegría lo que pretendes ocultarme, no me opongo. Pero de no ser así...

JULIO.—Pues bien, sí; es una alegría; una alegría muy grande...

LOR.—¡Y lo dices con esa cara, pobre hijo mío! ¿Sabes que da lástima tu alegría? Vamos, ven acá, cuéntamelo todo, como ha-

cías con tus disgustillos del colegio. ¿No te acuerdas?

JULIO.—No es lo mismo, mamá... Hay cosas que tú no puedes comprender...

LOR.—¿Tan obtusa me supones?

JULIO.—Tan madre.

LOR.—Es verdad. Si eso es culpa, reconozco que la tengo. Pero, por lo mismo, sabiéndome tan madre, ¿cómo no acudes a mí en busca del consuelo que necesitas?

JULIO.—Porque el consuelo que me hace falta, no me lo puedes dar.

LOR.—Por lo visto, se trata de algo que exige más que la vida, ya que hasta la vida daría por ti... ¿Por qué no pruebas de una vez?

JULIO. (*Con arrebato.*)—Pues siendo así... dime que puedo ir a verla libremente, sin obstáculos de ningún género, con la frente alta, a la luz del día... Dime que la puedo querer, sin que tú desapruebes mi conducta...

LOR. (*Con sencillez.*)—Si tú lo crees justo, por mi parte no hay inconveniente.

JULIO.—¿Que si es justo, mamá? ¡Justo y santo!

LOR.—Pues entonces... (*Escudriñándole.*) no sólo irás tú a verla, sino que yo iré contigo.

JULIO. (*Apasionadamente.*)—¡Oh, mamá! (*Reaccionando, sombrío.*) No, mamá.

LOR.—¿Lo ves? ¿Cómo quieres que prescinda yo del qué dirán, si no puedes prescindir tú mismo?

JULIO.—¡Pues ella tiene mi estimación, además de mi cariño!

LOR.—Perfectamente. Pues asómate al balcón, y pregónalo tan alto como puedas, para que todo el mundo se entere. Pero sólo con que haya diez personas que no te crean, no habrás conseguido nada.

JULIO.—Pues a pesar de todo, mamá, yo la quiero, la quiero...

LOR.—¿Y con eso tienes bastante?

JULIO.—No lo sé... Lo que sé es que no vivo más que cuando estoy a su lado; que no quiero perderla, cueste lo que cueste, y que estoy dispuesto a renunciar a todo..., fíjate, mamá, a todo menos a ella!

LOR.—Julio, por Dios, no me digas eso... Pero, ¿no ves que estoy enferma, que apenas puedo tenerme en pie? Mira cómo me tiemblan las manos... Cógelas entre las tuyas, son las manos de tu madre... Piensa que ya soy vieja, que mis fuerzas se agotan día por día... Piensa en lo que dirá tu padre cuando lo sepa... (*Viendo que Julio no se deja convencer.*) Porque lo ha de saber, y muy pronto. Quiero yo que lo sepa, que se valga de su autoridad, de su fuerza, para doblegarte, hijo obstinado, hijo malo, hijo ingrato... (*Oyese desde dentro la voz de Ibarrola.*)

IBAR.—¡Lorenza, que tenemos visita!

LOR.—¡Ay, Dios mío, que no te vea ahora! Vete a tu cuarto tranquilízate, lávate esos ojos... Quiero que tu padre no deje de quererte nunca. (*Le besa y le empuja cariñosamente hacia la puerta del foro.*)

ESCENA X

LORENZA, IBARROLA, NINA *y* DON PEDRO

IBAR. (*Por la derecha.*)—Una visita muy agradable, ya lo creo. Es don Pedro, el tío de nuestro querido Héctor...

LOR. (*Que ha procurado tranquilizarse.*)—Tanto gusto en verle por aquí

PEDRO.—No quisiera molestar a ustedes... (*Es un vejete encogido e hipócrita.*)

IBAR.—¿Quién habla de molestar? ¡No faltaba otra cosa! Siéntese donde le sea más cómodo. Lo que sentimos es no haber tenido el gusto de saludarle antes.

PEDRO.—Ha sido por los gusanos... Los gusanos de seda... ¡Je! He tenido tanto que hacer...

LOR.—Pero ahora esperamos que pasará usted una temporadita en la ciudad y nos veremos con frecuencia.

PEDRO. (*Suspirando.*)—¡Oh! Imposible. Por desgracia, me espera el heno... ¡Oh, tanto heno!... Mucho que hacer me queda todavía en mi granja.

IBAR.—¡Esta es la novia! (*Señalando a Nina.*)

PEDRO.—Ya, ya supongo... ¿Cuántos años?

NINA.—Diez y ocho.

PEDRO.—Jovencita..., muy jovencita... Y monina, monina... ¿Tienes estudios?

NINA.—Tres años de Bachillerato... y la carrera de música...

PEDRO.—Bien; muy bien... En conjunto, estoy satisfecho... Usted será el padre... La señora, la madre... Muy bien; perfectamente...

IBAR.—Si creyera usted conveniente examinar también a la doméstica, se la puede llamar... Por más que en este momento creo que ha salido. Su nombre, Antonia; nacida en Belchite; edad, treinta años; estado, soltera; católica, vacunada...

PEDRO.—¡Je! Muy ocurrente; sí, señor. Muy ocurrente! Ya sé que aquí, don Ventura, es muy ocurrente... Y, dígame usted jovencita, usted tendrá una habitación solo para usted...

NINA. (*Sorprendida.*)—Sí, señor.

PEDRO.—¿Y querría usted ser tan amable que se retirase a ella mientras yo hablo con sus señores papás?

NINA. (*Preocupada.*)—¿Es que hay algún secreto del que yo no debo enterarme?

PEDRO.—¡Je! Se trata sólo de unos minutitos...

IBAR.—¿No lo estás oyendo? ¿O es que el señor habla en turco?

NINA (*Disgustada.*) — Ya me voy, ya me voy. (*Vase foro.*)

IBAR.—Ya está usted complacido.

PEDRO.—Pues verá usted, señor de Ibarrola, y señora doña Lorenza... He de advertirles, ante todo, que mi sobrino Héctor desconoce este... ¿cómo se dice?..., este paso que estoy dando...

LOR.—Por Dios, hable usted pronto, ¿qué sucede?

IBAR.—En efecto, omita usted el preámbulo.

PEDRO.—Verán ustedes. Los demás parientes de Héctor y yo, nos encontramos en circunstancias especiales... Esto es, poseemos alguna fortunita, que, al morir nosotros, heredará Héctor, si no ha muerto antes, que Dios no lo quiera. Por esta razón, nosotros pretenderíamos que la boda fuese a nuestro gusto... Tanto más, cuanto que la novia..., ¿cómo se dice?... no aporta al matrimonio ni un solo céntimo.

LOR. (*Angustiada.*)—Pero esto ya lo sabía Héctor desde un principio.

PEDRO.—Lo sé, lo sé, y no es eso lo que nos preocupa...

IBAR. (*Majestuoso.*)—¡Es que si yo quisiera, podría asignar a mi hija una buena dote!

PEDRO.—¿Cómo no lo hace, pues?

IBAR. (*Solemne.*)—Nada nada, lo dicho. Usted mismo fijará la cuantía.

PEDRO.—Pero, perdone usted la pregunta, la dote que usted asigne a su hija, ¿ha de ser en efctivo, en valores o en fincas?

IBAR.—Nada de eso. En pagarés. Mi firma es solvente.

PEDRO.—¡Ah! Bien. Prescindamos de la dote. Atengámonos a lo práctico. Lo que yo pido vale bastante menos.

IBAR.—Sepamos, pues.

PEDRO.—Que renuncie usted a su candidatura.

IBAR. (*Consternado.*)—¡Que yo renuncie!...

PEDRO.—Nada más pedimos. De otro modo, la boda no se hará, o, caso de hacerse, no la veremos gustosos.

IBAR.—Pero, ¿en qué puede molestarles a ustedes que yo sea diputado? Es un honor qus repercutirá en la familia...

PEDRO.—En primer lugar, porque no ganará usted las elecciones.

IBAR.—¡Hombre! Eso ya lo veremos.

PEDRO.—Créame. No logrará más que ponerse en evidencia. Y esto es, precisamente, lo que deseamos evitar. Vea usted lo que dicen los periódicos..., los trapos sucios que le sacan a relucir... Esto sí que repercute en la familia...

IBAR.—Pero si eso son sandeces, calumnias... Lea usted, en cambio, lo que dirá mañana *El Eco de la Provincia*, poniéndome por las nubes... espontáneamente...

PEDRO.—Bien, sí, polémicas, habladurías... Esto, poco antes de la boda, es de muy mal efecto... Hubiéramos querido evitarlo... Pero, en fin, si usted se niega, qué hemos de hacerle... Yo me retiro, con permiso de ustedes... Tengo tantas cosas que hacer... Los gusanos..., el heno... Que ustedes sigan sin novedad...

LOR.—Pero no se vaya usted así, sin decirnos algo que nos tranquilice...

PEDRO.—Y ¿qué he de decirles, doña Lorenza? Me agrada la chica; con la familia transijo; pero la candidatura la rechazo plenamente, rotundamente.

IBAR.—¡Bah, bah, bah!

PEDRO.—Tendremos paciencia todos. Nosotros, ustedes, y el pobre Héctor, que se quedará soltero... o sin herencia. Queden ustedes con Dios. (*Volviéndose hacia Ibarrola.*) ¡Ah! También ha llegado a mis oídos que su hijo anda en malos pasos... No sé exactamente de qué se trata, pero ya comprenderán ustedes que estas cosas perjudican a una muchacha casadera... Perdonen ustedes... Que lo pasen muy bien... (*Vase derecha...*)

ESCENA XI

IBARROLA, LORENZA; *luego* NINA *y* JULIO

IBAR. (*Después de haber salido don Pedro.*)—¡Vaya usted mucho con Dios! (*Gritando.*) ¡Nina! ¡Nina!

NINA. (*Entrando.*)—Lo he oído todo. Estaba escuchando detrás de la puerta.

IBAR.—Una mala costumbre, pero que nos ahorra de entrar en explicaciones. ¿Qué te parece? ¡Pretender que deshaga mi porvenir con mis propias manos!

NINA.—Yo creo que exageras, papá. Bastaría con que esperases otra ocasión, cuando ya estemos casados. Todo se reduce a que no seas diputado esta vez, sino otra.

IBAR.—¡Ah, si a eso vamos, todo se reduce a que no te cases con Héctor, sino con otro! Después de todo, no saldrás perdiendo gran cosa.

NINA.—¡Es que yo le quiero, papá! No tienes derecho a destrozar mi porvenir.

IBAR.—¡Y tú, en cambio, lo tienes a deshacer el mío! ¡Está bien! ¡Como si de mí dependiera todo! ¿No has oído lo que dijo de tu hermano? (*Llamando.*) ¡Julio! ¡Julio!

LOR.—Déjale ahora. No es este el momento más oportuno para atormentarle.

IBAR.—¡Ah! ¡Con que ahora resulta que yo atormento a mis hijos, cuando son ellos los que me atormentan a mí! ¡Julio! ¡Julio!

JULIO. (*Entrando.*)—¿Qué quieres, papá?

IBAR.—Una sola cosa quiero de ti. Que varíes radicalmente de conducta. Que cambies de vida. Por culpa de tus intemperancias, se deshace la boda de tu hermana.

JULIO.—¡No es posible!

NINA.—¡Vaya si lo es! Puedes estar contento de tu hazaña.

JULIO.—No estoy contento, pero tampoco lo puedo evitar.

IBAR.—¿Cómo que no? Es preciso, absolutamente preciso, que dejes a esa mujer, indigna de ti por todos conceptos.

JULIO.—No es posible, papá; no es posible.

IBAR.—¡Ah! ¡De modo que pesan más que tu familia tus amoríos con esa mujerzuela.

JULIO.—¡Papá!... ¡No me obligues a hacer un disparate!

IBAR. — ¡Cómo se entiende! ¡Alzarme la voz! Olvidas que soy el amo de mi casa...

JULIO.—Para no tener que olvidarlo, saldré yo de ella.

IBAR.—Franco tienes el paso. Por esa puerta se va a la calle.

JULIO.—Pues ahora mismo... (*Se dispone a salir.*)

LOR. (*Cerrándole el paso.*)—No saldrás... Pero ¿no os da vergüenza? Parecéis enemigos encarnizados que quieren disputarse el aire que respiran... Un hermano contra el otro... Los dos hijos contra el padre...

IBAR.—¡Déjalos! Son unos ingratos... ¡Déjalos! Me basta con que tú me des la razón.

LOR.—Es que tampoco puedo dártela a ti...

NINA.—¡Claro! Como que soy yo quien la tiene.

LOR.—No, hija; tú tampoco.

NINA.—Entonces es que aquí nadie tiene razón.

LOR.—¡Esa es la verdad! ¡Nadie la tiene! Como que se trata de algo que está muy por encima de nuestros amoríos y nuestras vanidades: ¡se trata del porvenir de esta pobre familia deshecha, de esté hogar apagado, cuyas pavesas estáis aventando entre todos! Yo os conjuro a que os reprimáis, aunque sólo sea por lástima de mí, si es que queréis tenerla... (*Silencio.*) No hacéis más que llenaros la boca de palabras y más palabras, sin ver lo que está al alcance de nuestros ojos... No os dais cuenta de lo que sucede en nuestra casa; os destrozáis por mezquindades y egoísmos, mientras yo me... (*Tapándose la boca.*) ¡No me hagáis decir lo que me he propuesto callar!... (*Pausa. Nina llora.*) ¡Nina! ¡Hija mía!...

NINA.—¡Mamá, yo te quiero!

LOR.—Pues por el cariño que me tienes, te pido que hagas las paces con todos... Dale un abrazo a tu hermano... Dale un beso a tu padre...

NINA.—¡Eso sí que no. (*Vase foro.*)

IBAR.—Está bien. Yo sé lo que tengo que hacer. Nada de contemplaciones ni de miramientos. Julio, ven a mi despacho. Tenemos que hablar seriamente.

JULIO. (*Altanero.*)—Cuando quieras. (*Los dos hombres se miran fríamente. Julio entra al despacho (derecha); su padre le sigue.*)

LOR. (*Al quedar sola levanta los ojos angustiadísima, y se lleva las manos al pecho.*) ¡Dios mío! ¡Y pensar que me aterraba la idea de morirme tan pronto!...

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

NINA *y* HÉCTOR, *que entran en escena por la puerta que comunica con la azotea (izquierda).*

NINA.—Quédate otro ratito, Héctor...

HÉCTOR. — No puedo, hija mía. Mañana tengo que madrugar.

NINA.—Antes no te acordabas de eso cuando estabas a mi lado...

HÉCTOR.—Es que ahora necesito ocuparme más de mis asuntos... Como ya no puedo contar más que con mis propias fuerzas...

NINA (*Triste.*)—Lo dices con acento de reproche...

HÉCTOR (*Cariñoso.*)—¿Reproche para ti? No lo creas, vida mía.

NINA.—Sí, Héctor, sí, lo creo... No es tan fácil olvidarte de que si no fuese por mí, serías rico.

HÉCTOR.—¿Y para qué quería las riquezas si no había de compartirlas contigo?

NINA.—Siempre resultará que al casarte llevarás una ilusión menos.

HÉCTOR.—¡Bah! No seas tonta. Vale más perder unos tíos viejos y feos que una mujercita joven y hermosa...

ESCENA II

DICHOS; IBARROLA, *por la derecha.*

IBAR. (*Al entrar oye las últimas palabras de Héctor.*)—Sin contar con que, además, te espera en mí otro padre. Sales muy ganancioso en el cambio.

HÉCTOR (*Irónico.*)—¡Indiscutiblemente!

IBAR.—Y por lo que hace al dinero, ¡he tirado yo tanto en mi vida!

HÉCTOR (*Siempre irónico.*)—Ya, ya lo sé.

IBAR.—Es más: me enorgullezco de despreciar olímpicamente el metal acuñado... ¡Valiente porquería! Después de todo, las circunstancias os deparan la mayor felicidad a que pueden aspirar dos enamorados: la de casaros por amor exclusivamente, sin que intervenga para nada el mezquino interés. Si no sois ricos, tanto da. Todo se reduce a vivir en una casa modesta...

HÉCTOR.—Con lo cual el alquiler será más barato.

IBAR.—En cambio, las habitaciones, más confortables en invierno, y más cordiales, más efusivas siempre. Yo no concibo el amor en un palacio de salones destartalados, de amplias galerías, de suntuosos jardines... Parece que se diluye, se esfuma, se empequeñece. En cambio, ponedme dos enamorados en un pisito modesto, humilde, si queréis, y su cariño llenará los ámbitos hasta la saturación. Por eso yo comparo el amor con los explosivos, que como no se compriman, no explotan. Nada os importe la pequeñez de vuestro nido, que ello será garantía de mayor felicidad.

HÉCTOR.—Un poco extraño resulta oír esa apología del retiro doméstico en labios de un hombre que aspira a medrar en la vida pública.

IBAR.—¡Ah! ¡Bah! ¡La vida pública! Si te dijera que me da asco la política...

HÉCTOR (*Le mira sorprendido.*)—¡Caramba! (*Pequeña pausa.*) Vaya, buenas noches, don Ventura.

IBAR.—Adiós, hijo.

NINA.—Hasta mañana, Héctor.

HÉCT.—Adiós, Nina. (*Vase. Nina le acompaña hasta la puerta del foro.*)

ESCENA III

IBARROLA *y* NINA

IBAR. (*Sonriendo un tanto confuso.*)—Vaya, vaya, con la futura desposada... (*Ella le mira, seria, sin hablar.*) Parece mentira que seas tan rencorosa... Ya me ves a mí: doy cuatro gritos, y luego como si nada.

NINA.—Si a mí también se me ha pasado, papá... (*Fría.*)

IBAR. — Para que veas si soy padrazo y complaciente. Estoy dispuesto a renunciar a la candidatura.

NINA.—¡A buena hora!

IBAR.—¡Pues nada! Ya está dicho. Renuncio. Puedes decírselo a Héctor mañana.

NINA.—Sí, ya sé que no marcha bien ese asunto...

IBAR.—¡Oh! Tanto como no marchar... Se tambalea un poco, en efecto...

NINA.—Algo más de un poco será, cuando estás dispuesto a retirarte.

IBAR.—No me digas eso... Ni me hables con ese tonillo... Piensa en mis disgustos de estos días... Los periódicos insultándome, los oradores de mitin arrojando lodo sobre mi nombre... Y aquí, en mi casa, en el hogar de mis amores, ardiendo la guerra intestina... Julio, que no viene a casa más que para dormir... ¡Diez días llevo sin hablarle!... Ya no me quedas más que tú... (*Se sienta, afligido.*)

NINA (*Acariciándole levemente la cabeza con ademán de lástima.*) — ¡Vaya, pobre papá!

IBAR (*Cogiendo una mano de Nina y acariciándola.*)—¡Háblame así, Nina, te lo suplico! ¡Dime cosas agradables!

NINA.—¿Qué quieres que te diga?

IBAR.—Llámame, como otras veces: "Viejecito mío."

NINA (*Fría.*) Viejecito mío...

IBAR.—Eso es lo que soy: un viejecito: un pobre viejo... (*Con amargura.*)

ESCENA IV

DICHOS; ESPARZA, ANA *y* LORENZA, *por la izquierda.*

ANA.—Ya son cerca de las once. Nos vamos a casa.

ESP.—Dedicaremos, como de costumbre, al melancólico sueño las horas nocturnas. Así es como, gota a gota, vamos apurando los instantes de una existencia inútil. En fin... Amigo Ibarrola, si quisiera usted entregarme el libro de que antes hablamos...

IBAR. — ¿La Geografía Universal, de Reclus?

ESP.—¡No, por Dios! No me hable usted de Geografía. Esa novelita que.... vamos...

IBAR.—¡Ah! Sí. Nina nos ayudará a buscarla. Ella conoce mejor que yo los estantes. Ha sido siempre mi bibliotecaria... Pasemos al despacho... (*Vanse por la derecha Ibarrola, Nina y Esparza. Quedan solas Lorenza y Ana.*)

LOR. (*Con angustia.*)—¡Si usted supiera, Anita! ¡Si usted supiera!

ANA.—¿Qué pasa, Lorenza?

LOR.—¿Sabé usted quién va a venir aquí esta noche?... Julio con esa mujer.

ANA.—¿De veras?

LOR.—¿Qué quiere usted? Me he convencido de que no hay más remedio que transigir, que es inútil seguir luchando... Se empeña en casarse con ella con una terquedad desesperante... En vista de su actitud, he decidido verla a toda costa, con la esperanza de encontrarme siquiera con una mujer capaz de redimirse y de hacer que mi pobre hijo no sea un desdichado... Vendrán en cuanto se acuesten Ventura y Nina. Yo sola los he de recibir. Ya puede usted figurarse mi desilusión, mi amargura...

(*Entran Nina, Ibarrola y Esparza.*)

ESP.—Cuando quieras, Ana.

ANA.—Hasta mañana, si Dios quiere, Lorenza.

LOR.—Adiós, Anita.

ESP. — Buenas noches, Lorenza. Adiós, Nina.

LOR.—Hasta mañana.

NINA.—Hasta mañana.

IBAR.—Les acompañaré hasta la puerta. (*Vanse Ana, Esparza e Ibarrola, foro.*)

NINA.—Me voy a acostar, mamá.

LOR.—Que descanses, hija. (*Se besan. Entra Ibarrola.*)

NINA.—Hasta mañana, papá.

IBAR.—Adiós, Nina. (*La besa en la frente. Vase Nina.*)

ESCENA V

LORENZA e IBARROLA

IBAR. (*Da vueltas por la habitación, como deseando decir algo. Por fin dice:*)—¿Todavía no ha vuelto Julio?

LOR.—No.

IBAR.—¡Qué pena más grande, Lorenza!

LOR.—¿Por qué?

IBAR.—Por ver lo que nos sucede... Cada hijo se va por un lado... El hogar se desmorona. La casa está en ruinas...

LOR. (*Irónica.*) — No pienses en ello, ya que te sobran satisfacciones fuera...

IBAR.—No digas eso. De sobra sabes que no hay nadie tan apegado como yo al rinconcito donde se vive, tan propicio a sentir la poesía del hogar...

LOR.—¡Pero, vamos, y yo sin enterarme!

IBAR.—Pues ésta es la verdad, Lorenza. Y tú lo sabes de sobra, qué demonio. ¿Dónde busco yo siempre la paz y el consuelo?

LOR.—Será en las luchas políticas...

IBAR.—¡Por Dios, no me hables de ellas! Estoy asqueado de tanta inmoralidad y tanta lucha... Intenciones me dan de abandonarlo todo...

LOR. (*Sorprendida.*) — ¡Cómo! ¿Ya no quieres nada con tus amados electores?

IBAR. (*Vacilando.*)—Lo malo es que parece que son ellos los que no quieren nada conmigo.

LOR.—¡Ya! Y por eso tu himno a las dulzuras domésticas, a la poesía del hogar... ¡Y yo que he estado a punto de enternecerme! Sientes que se aproxima la borrasca, y quieres volver al puerto... Lo malo es, hijo mío, que ya el puerto no existe. Nina se marcha... Julio podemos considerarlo perdido para nosotros. Y yo..., yo..., pobre de mí...

IBAR.—No te ensañes conmigo, ahora que me ves tan desgraciado... Sí, Lorenza, sí: desgraciado. Esa acta que he creído tener en mis manos, y que al punto de cogerla se desvanece, ha sido la ilusión de toda mi vida... Veinticinco años, treinta tal vez, he soñado con ella; desde que salí de las aulas, deseoso de emplear dignamente estas facultades que yo creía poseer y que nunca me han servido para nada razonable... Estoy destrozado, vencido: y si no me asoma al rostro toda la amargura, toda la tristeza que me ahoga, es porque me avergüenza confesar al mundo mi fracaso... Pero contigo es diferente. Llevo tres días rondando a tu alrededor, diciéndote con los ojos: "¡Pregúntame! ¡Hazme hablar para que pueda desahogar mi pena contigo! ¡No me dejes solo con el dolor inmenso que me produce la certidumbre de lo estéril que ha sido mi vida!" Todo el ridículo que han acumulado contra mí, con arte infernal, mis adversarios, parece que me sigue dentro de mi casa, puesto que no hay nadie en ella que tenga confianza en mí, que esté satisfecho de mí, que me ayude a desechar este menosprecio que siento contra mí mismo... Y tú, sin enterarte de nada.

LOR. (*Con ternura.*)—De lo que me he enterado hace tiempo es de que no tengo dos hijos, sino tres. Tú eres mi tercer hijo: un hijo ya canoso, pero que aún me necesita. (*Mirándole con gran cariño.*) ¡Vamos, ven aquí! (*Con cómica bondad.*) ¡Mire usted qué cara se trae! Pero ¿es que somos realmente desgraciados por lo que te ocurre? ¿Que ahora no sales diputado? ¡Pues otra vez será! Y lo que digan de ti tus enemigos, no debe preocuparte poco ni mucho. Si no te temieran, no te combatirían: ¿no lo comprendes? Sólo vence sin lucha el que no inspira recelos a nadie. Lo que debes hacer es animarte más, preparar con tiempo las elecciones futuras... ¡Si esto ha sido una improvisación que no podía tener éxito! Ni creas tampoco que este fracaso deja de ser conveniente. Por de pronto ha hecho que tu nombre suene como aspirante a diputado. Y cada vez que tu

rival victorioso cometa un desatino—y no serán pocos los que haga, puedes estar seguro—, no faltará quien diga: "De fijo que Ibarrola lo hubiera hecho mejor."

IBAR. (*Más tranquilo.*)—¿Sabes que no vas descaminada? ¡Ni mucho menos! Como que, en el fondo, esa es la verdad. ¡Exactísimo! Nada, nada; moralmente, el diputado soy yo.

LOR.—Claro que sí. Y en las próximas elecciones, sólo con tomarte la molestia de presentar tu candidatura, triunfarás. ¡Estoy segura de que nadie te regatea entonces el acta!

IBAR.—¡Que sí, Lorenza, que sí! Que esto ha sido como el ensayo general.

LOR.—Y en espera del estreno, ¿sabes lo que voy a hacer yo? Procurar devolverte tu familia.

IBAR.—¡Y yo, mañana mismo, salgo y te compro unos pendientes de brillantes hasta allí!

LOR. (*Sonriendo.*)—Mañana será otro día. Por de pronto, vamos a descansar.

IBAR.—Tienes muchísima razón. Vamos a descansar.

LOR.—¡Ya sé yo con lo que vas a soñar esta noche!

IBAR.—¡Toma! Y yo también. ¡Con un escaño en el Congreso!

LOR.—Hasta mañana, si Dios quiere.

IBAR.—Que descanses, Lorencita. Y Dios te pague la tranquilidad que me has dado. (*Vase Ibarrola por la derecha. Lorenza apaga las luces y se va por el foro. La escena queda a oscuras y sola unos momentos.*)

ESCENA VI

LORENZA. *Luego,* JULIO *e* INÉS

(*Entra Lorenza cautelosamente y cierra la puerta derecha, por donde se fué su marido. Luego enciende la luz central de la lámpara, quedando la escena iluminada solamente por el cono luminoso que proyecta sobre la mesa. Escucha atentamente, como en espera de algún ruido exterior. De pronto oye cerrar el portón de la calle. Se estremece y se lleva la mano al pecho. Está de pie, junto a la mesa, aferrándose al borde de la misma. Por fin, la puerta del foro se entreabre poco a poco, y entra Julio, seguido de Inés.*)

JULIO.—Aquí está mi madre. (*Pequeña pausa.*)

LOR. (*Con voz apagada por la emoción.*)—Pase usted...

INÉS.—Lo primero que tengo que decir a usted, señora, es que celebro mucho que me recibá usted en su casa... Yo estaba segura de que este sueño tan bonito se realizaría más pronto o más tarde; sin embargo, experimento ahora una emoción... (*Habla con frívola verbosidad, como quien recita una lección mal aprendida de memoria.*)

LOR. (*Con amargura.*)—Yo también... (*Se desploma sobre una silla y llora silenciosamente, cubriéndose la cara con el pañuelo. Pausa. Inés mira a Julio, como interrogándole. Al cabo de un momento, Lorenza levanta la cabeza.*) Perdone usted... Este es un momento decisivo para mí...

JULIO. — Hemos hecho mal en venir, mamá...

INÉS.—Pero, chico, no digas eso... Si lo estabas deseando tú más que nadie. Tú cállate y déjanos a nosotras a hablar, que entre mujeres es más fácil entenderse. ¿Verdad, señora?

JULIO (*En voz baja.*)—¡Calla, calla!

INÉS.—¡Vamos, chico, no te pongas triste, ahora, que hay motivo para todo lo contrario! Yo estoy muy contenta (*A Lorenza*), porque comprendo que cuando me ha hecho usted venir, es que ya se ha convencido...

LOR.—Por lo menos, que me he resignado.

INÉS.—Pues yo, señora, a su corazón me dirijo...

LOR.—¿Y si yo me dirigiese al suyo?

INÉS.—Usté manda en mi corazón, señora. ¡Como que es todo entero de su hijo! Ya verá usted qué buenas migas acabamos haciendo usté y yo...

LOR.—Va usted demasiado de prisa...

INÉS.—Pero ¿es que todavía está usté enfadada conmigo? No, no crea usté que me ofende con eso, ni me choca, después de todo... En primer lugar, que usté no me conoce ni poco ni mucho... Y luego que a ninguna madre le hace gracia cuando se llevan de casa a su hijo. Recuerdo que la mía, cuando mi hermano Paco se fué con la Pura...

JULIO (*Violento.*)—¡Qué tiene que ver en esto tu hermano!

INÉS.—Chico, no te pongas así. Es que todas las madres se parecen. Hay que hacerse cargo y comprenderlas. Vaya, señora, consuélese usté pensando lo mucho que yo quiero a su hijo.

LOR.—De otro modo podría usted demostrarle su cariño...

INÉS. — Pues dígamelo usté, y ya está. Precisamente por él estoy dispuesta a todo.

LOR.—Dejándole...

INÉS.—¡Ay, señora, eso sí que no! ¡Ni más ni menitos! Le quiero demasiado para eso.

LORENZA.—Es que entonces va a ser una ruina...

INÉS.—Pues yo no puedo renunciar a mi porvenir. Que se cree usté eso.

LOR.—¿Y piensa usted que el porvenir puede borrar el pasado?

INÉS.—¡Bah, el pasado, el pasado! Bien

que me pesa a mí, y éste lo sabe. Pero desde que le quiero soy otra, y el día que me case, imagínese usté, tan santa como la primera. Que diga él si desde que nos queremos tiene que echarme en cara tanto así... (*Atenuando el tono un tanto violento de su voz.*) Pero, vamos, señora, no sea usté mala conmigo... Usté, que es tan buena siempre... Y si no, ¿para qué me ha hecho venir a su casa?

LOR.—Tiene usted razón... Ni yo misma lo sé... Es que confiaba... ¿En qué confiaba yo, Dios mío?... Tal vez en que usted se compadeciese al ver de cerca el dolor de una madre.

INÉS.—¡Ay, señora!, pero si el dolor de usté no está justificado de ninguna de las maneras...

LOR. (*A Julio.*)—¿Tú también lo encuentras injustificado, Julio? (*Julio baja la cabeza sin contestar.*)

INÉS (*A Julio.*)—¡Ah! ¿Te callas? (*Mirándole imperiosamente.*) ¡Di la verdad, Julio! ¿Quieres que te deje?

JULIO (*En voz muy baja, como avergonzado.*)—No.

INÉS.—¡Ah, por eso! Era lo único que me quedaba por ver. (*A Lorenza.*) Ya lo oye usté, señora.

LOR. (*Con arranque.*)—Nada, nada. Casaos, casaos.

INÉS.—¡Ay, señora, gracias a Dios! (*Se dirige a Lorenza, con ánimo de abrazarla.*)

LOR. (*Rechazándola suavemente.*) — No perdone usted... Si acaso, este abrazo de agradecimiento era Julio quien debía dármelo.

INÉS.—¡Pero, Julio! ¿No estás oyendo que tu madre te llama?

LOR.—¡Oh! Demasiado habrá comprendido él que no le llamo, ni mucho menos. (*Pausa.*) Cúmplase tu voluntad, hijo mío. Olvidemos todo lo que pueda parecernos enojoso y vayamos pensando en la mejor manera de celebrar vuestra boda. (*Con sutil ironía, a Inés.*) ¿Con sus padres necesitaremos tener algún contacto?

JULIO (*Con presteza.*)—No, mamá.

LOR.—Pero si se presentasen aquí...

INÉS (*Con la cabeza baja.*)—Descuide usté: no se presentarán.

LOR.—Pero, ¿y si vienen? Al fin y al cabo, serán parientes tuyos, y bien cercanos, Julio... (*Julio no contesta.*) Bien: supongamos que no vienen. (*Pausa.*) Esta boda... no creo que correrá demasiada prisa... Sería conveniente esperar...

INÉS.—¿Mucho?

LOR.—Hasta que se case mi hija. (*A Inés.*) Por usted, más que por nosotros, digo esto... Porque le sería desagradable, creo yo, no asistir a la boda...

INÉS (*Enojada.*)—¿Es que tendrían ustedes a menos el ponerme en contacto con su hija?

LOR.—¿Yo? No. De ninguna manera. Lejos de ello, si a Julio le parece...

JULIO (*Sordamente.*) — Podemos esperar, mamá.

INÉS (*Con rabia.*)—¡Ah!

LOR. (*Con ironía y excitación crecientes.*) No se ofenda usted... ¡Ya se arreglará todo! ¡Descuide! Lo esencial para vosotros, creo yo, es no llamar la atención, evitar el escándalo. Claro es que, a pesar de todo, las gentes harán los comentarios que gusten... Pero con no hacerles caso, ¿verdad, Julio? Siempre puede uno reírse de esas tonterías... En último término, yo la acompañaré a usted cuando salga a la calle. ¡Y poco bien que iremos de bracete usted y yo! ¿No te parece, Julio?

JULIO.—¡Madre, me estás haciendo sufrir lo indecible!

LOR.—Y en el caso de que aún las gentes se ensañen con nosotros, nos encerraremos aquí dentro, en esta casa honrada donde me casé yo, donde se casará Nina, donde están los retratos de tus abuelos, donde tu padre y tu madre, cuando llegue su hora, cerrarán para siempre los ojos...

JULIO (*Con un grito del alma.*)—¡No, mamá; aquí dentro, no; aquí dentro, no!

LOR. (*Abrazando con ímpetu a Julio y besándole en la frente.*)—¡Bendito seas, hijo mío, bendito seas! (*Pausa.*)

INÉS (*Secándose las lágrimas rabiosamente.*)—¡Está bien! De manera que me ha hecho usted venir sólo para humillarme. Más valía que hubiese usté seguido oponiéndose como antes, mejor que engañarme de este modo...

LOR.—Yo aseguro a usted que no ha sido engaño... Estaba dispuesta a ceder, desesperada, sí, pero vencida... Y ha sido al ver a usted en mi presencia cuando todo lo que me rodea, hasta las paredes, parecían gritarme: ¡Esto no puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser!

INÉS.—¡Es que tampoco puede ser que yo le deje! No sólo porque le quiero, sino por las ilusiones que me he forjado pensando que me casaba. (*A Julio, imperiosa.*) Anda, vámonos de aquí (*Julio se pone de pie.*)

LOR. (*Con energía.*)—¡Pero vuelve, Julio! ¡Por Dios, vuelve! (*Inés se pierde en la sombra del pasillo. Va llorando. Julio va a seguida, pero vuelve hacia su madre.*)

JULIO.—Adiós, mamá.

LOR.—¿Por qué me dices adiós?

JULIO. (*Hondamente conmovido.*)—Mamá, perdóname... ¡Tienes razón, tienes razón, lo merezco! ¡Es imposible lo que yo soñaba! Seríamos todos desgraciados... Pero, ¿qué he

de hacer en este trance? ¡Qué desgraciado soy, mamá!

LOR.—Más de lo que te figuras, hijo mío; porque dentro de poco, no tendrás ni el consuelo de cobijarte en los brazos de tu madre...

JULIO. (*Volviéndose a ella, con ansiedad.*)—¿Por qué dices eso, mamá?

LOR. (*Frenética, como delirando.*)—¡Porque tengo los días contados, Julio! ¡Porque me muero! Os lo tenía callado, por evitaros este disgusto, pero no puedo más..., ¡no puedo más!... Y yo temía a la muerte, y ahora la espero como una liberación...

JULIO.—¡No digas eso, madre, por Dios, no digas eso!...

INÉS. (*Desde el umbral.*)—Te estoy esperando, Julio.

LOR. (*Severa, recobrando el dominio de sí misma.*)—Ponla en un coche, y vuelve en seguida. Cuando vengas hablaremos. (*Julio vase rápidamente. Larga pausa, durante la cual, Lorenza, atenta a los ruidos exteriores, espía el retorno de su hijo, diciendo entrecortadamente.*) ¡Virgen Santísima! ¡Pobre hijo mío! ¡Virgen Santísima! ¡Que vuelva pronto! (*Oyéndole entrar.*) ¡Por fin!

ESCENA ULTIMA

LORENZA. JULIO; *después*, IBARROLA

JULIO. (*Entra corriendo.*)—Mamá...

LOR. (*Se echa en sus brazos y llora fuerte. Luego se desprende de él, secándose los ojos.*)—Por Dios, no vayamos a despertar a Nina.

JULIO.—¡Mamá, mamá de mi alma! Dime que no es verdad eso... Dime que lo has dicho sólo para que no me vaya... Por Dios, dímelo...

LOR. (*Sonríe tristemente; coge una mano de Julio y la coloca sobre su corazón.*)—Mira cómo late este pobre corazón mío... Está cansado de sufrir y estallará pronto... ¿No ves en mi cara las huellas del mal? ¡Cómo no me miras hace tanto tiempo!...

JULIO.—¡Pero si esto no puede ser! ¡Si sería una infamia que sucediese!...

LOR.—También me lo parecía a mí alguna vez, y ahora comprendo que no... Esta enfermedad, que tanto me aterraba, me ha servido para salvarte del peligro que te envolvía... Tenías una pasión muy honda, pero indigna de ti... (*Acariciándole.*) Pues yo te voy a dar otra más grande, pero santa... Te curo haciéndote llorar; ¡pero te curo! Y siendo así, qué me importa mi enfermedad, y hasta mi muerte... Me parece que sacrifico mi vida por salvar la tuya... Figúrate si estaré satisfecha!... (*Julio sollozo abrazado a su madre.*) ¡Vamos, hijo mío, no llores más! Tampoco creas que voy a morirme hoy, ni mañana... Lucharemos juntos para conservar mi vida, que es necesaria en esta casa... Tú me ayudarás, ¿verdad?... Sólo con saber que no me abandonas, ya me parece que estoy mejor...

JULIO. (*Llorando convulsivamente.*)—¡Ay mamá, pobrecita mía! ¡Lo que hemos hecho todos contigo no tiene nombre! ¡Haberte dejado sufriendo, tan triste y tan sola! ¡Qué remordimiento tan grande! ¡Perdóname, mamá, por Dios, perdóname! (*Está arrodillado ante su madre. De pronto se levanta, y llama desde la puerta derecha, por donde se fué Ibarrola.*) ¡Papá!... ¡Papá!...

IBAR.—¿Qué sucede? ¿Qué ocurre?

JULIO. (*Convulsivamente.*) ¡Ay, papá!... (*Se detiene a unos pasos de su padre, agita las manos temblorosas, y por último se precipita a sus pies, gritando:*) ¡Perdón, papá mío, perdón..., perdón!... (*Ibarrola lo levanta, y se abrazan.*)

LOR. (*Con las manos juntas, transfigurada.*)—¡Gracias, Dios mío, gracias! Ya puedo morir tranquila... Mi hogar no se deshace... ¡Gracias, Dios mío!...

TELÓN RÁPIDO

Augusto Martinez Olmedilla
y Enrique Tedeschi.

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y *único en el mundo*, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene* los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAÍNA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. *No produce* estreñimiento y *lo suprime* totalmente. *Cura*, así, el *exceso* como *la falta* de ácidos. *No obliga* al régimen lácteo y permite en breve plazo *comer de todo*, con digestión perfecta. *No tiene* sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.

Frasco: 6 pesetas

También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas

El notable médico de San Fernando (Cádiz), doctor José González Camoyano, dice en su informe:

... *«Neutrácido Español» es el producto más original en la terapéutica del aparato digestivo y sus efectos sobre los más variados casos en que lo he ensayado, me inducen a calificar este específico de muy científico y nuevo por su composición, y maravilloso, por sus efectos.*

Solicite Ud. del concesionario exclusivo D. José Marín Galán, Arjona 4.—Sevilla *un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.*

ALMORRANAS internas o externas, grietas, etc. Curación radical infalible con

POMADA ANEMA-SMITH ¡Ultimo adelanto de la ciencia médica! ¡Millares de curaciones! Basta un solo tubo. No lo dude usted, 5 pesetas caja. Centros de Específicos. Farmacias. MADRID, Gayoso; E. Durán. BARCELONA, Segalá; Alsina. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. MURCIA, Selquer. GRANADA, Ocaña. VIGO, Carrascal. BILBAO, Barandiarán. MALLORCA, "Centro Farmacéutico". HABANA, Sarrá. BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. MANAGUA, Guerrero. CARACAS, Daboín. MANILA, Gaspar, Calle Mendoza, 150, PUERTO RICO, José Combas Peyork. Para convencimientos éxitos remite muestra gratis, Pousarxer, Apartado 481, Barcelona. Remítese caja certificada contra pesetas 5,50.

PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses, con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun.

¡32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso; Valencia, Cuesta; Zaragoza, Jordán; Murcia, Selquer; Habana, Sarrá; Caracas, Daboin; Managua, Guerrero; Barranquilla, Acosta-Madiedo; Puerto Rico, Combas Peyork.—Mandando 6'50 ptas. sellos a Pousarxer, Viladomat, 104, Apartado 481, Barcelona, remítese reservadamente certificado

DESCONFIAD DE IMITACIONES

La mejor revista infantil

LOS MUCHACHOS

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

20 CÉNTIMOS

LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD

V. TIENE UN PESO EN EL ESTÓMAGO
Sus digestiones son largas y dolorosas
V. siente mareos, vértigos, ardores
Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del
DIGESTIVO Jost EN PEQUEÑOS SELLOS
ES EL REY
contra todas las enfermedades del estómago.

DIGESTIVO Jost

ASEGURA UNA BUENA DIGESTIÓN Y CURA TODAS LAS ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

EN CAJAS DE { Un sello 0,30 / 12 sellos 3,00

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID

3 0112 105475831

"METAL"

1/2 WATT

Gas ARGON

Lámparas de 25 y 32 bujías
y
todas intensidades. 1 watio y 1/2 watio

PROBADLAS si es que no las usáis ya. Las preferiréis a todas las extranjeras y nacionales. Pedidlas en todas partes,

y Puerta del Sol, 1.